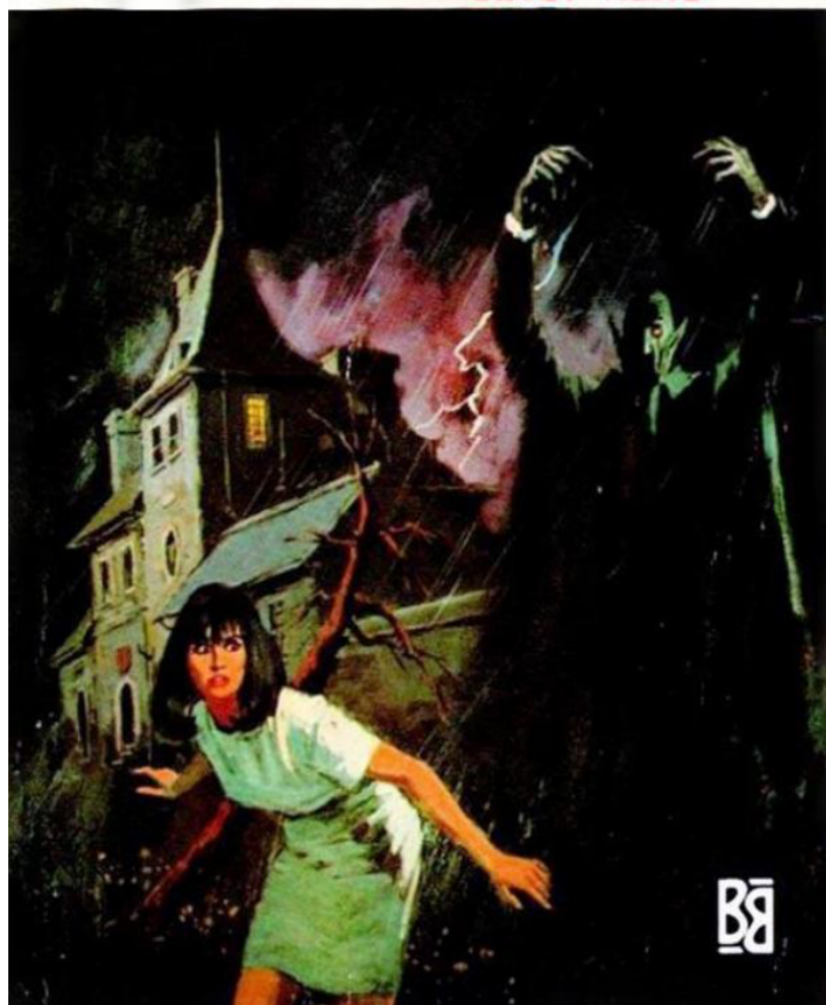


PUNTO
ROJO

la hija del vampiro

silver kane



COLECCION

PUNTO ROJO



SILVER KANE

LA HIJA DEL VAMPIRO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 337
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Dépósito legal: B 29.074 - 1968

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: septioembre, 1968

© SILVER KANE - 1968
sobre la parte literaria

©
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1968

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

CAPÍTULO PRIMERO

El rayo se abatió sobre la carretera, haciendo que Stella frenase bruscamente. El coche, un pequeño Morris 1100, patinó sobre el asfalto mojado. Consiguió recuperar su posición inicial y enfiló de nuevo la ruta.

Fue entonces cuando cayó el segundo rayo.

Éste se abatió a menor distancia del coche que el primero, tronchando uno de los árboles que limitaban la carretera. La lívida luz y el horrisono estampido hicieron que Stella volviese a frenar y perdiese de nuevo la dirección de su coche.

Esta vez hundió dos ruedas en la cuneta, pero consiguió salir. Sus manos temblaban sobre el volante cuando recuperó la ruta.

No podía más. Sus nervios estaban a punto de estallar.

«En la primera casa que encuentre me quedo —pensó—. Me quedaré donde sea...».

Nunca había deseado con tanta desesperación encontrar un techo bajo el que cobijarse. No se atrevía a permanecer parada en la carretera sintiendo la lluvia repiquetear sobre su techo, cada vez más intensamente, mientras los rayos caían aquí y allí.

Tomó una curva.

Y de pronto vio aquella casa.

Era un edificio antiguo de dos plantas y estaba al margen de la carretera, a la derecha de ésta, y al fin de un camino vecinal. La casa estaba semioculta tras una alta hilera de chopos. De no ser por un repentino relámpago no la habría visto.

Le produjo una sensación extraña.

Stella detuvo el coche.

Dudó unos segundos en detenerse allí o no. La verdad era que el aspecto de la casa resultaba aún menos tranquilizador que los rayos que seguían cayendo cerca del vehículo.

«¡Bah! —pensó—. No he de inquietarme. En esta parte de

Francia hay muchas viejas casas como ésta».

Encendió la luz del espejo retrovisor y consultó el mapa de carreteras que siempre llevaba consigo en la guantera del coche. Calculando por aproximación el punto donde se encontraba, vio que la población más cercana al punto donde se había detenido era Saint Gaudens, a unos veinte kilómetros.

Normalmente esa distancia le hubiese parecido una ridiculez. Pero con la carretera resbaladiza, el parabrisas empañado y los rayos que caían cada vez más cerca, tuvo la sensación de que Saint Gaudens estaba en el fin del mundo.

Definitivamente, buscaría refugio en aquella casa.

Era increíble, pero le parecía haberla visto en sueños.

Dobló el volante y se adentró en el camino vecinal.

Las ruedas se hundieron en el barro recién formado. Sólo la potencia del motor del Morris, unida al poco peso que transportaba, le ayudaron a salir de allí.

Conforme más se acercaba a la casa, más siniestra le parecía.

Claro que toda la región que se extiende entre Foix y Lourdes, es algo siniestra. Su hermosura resulta sombría, un poco misteriosa.

Tras cada pedazo de espeso bosque, tras cada lago oculto, parece acechar un enigma.

Aquella casa no tenía por qué ser una excepción.

Al detenerse frente a la puerta, vio que campeaba un escudo sobre ella. Era un escudo extraño y desconocido —pese a que Stella entendía bastante de heráldica—, cuya figura central consistía en un dragón.

El edificio era de piedra; seguramente procedía del siglo XVI.

Stella dejó el coche en un lugar de terreno sólido, donde las ruedas no pudieran hundirse, y saltando al exterior, corrió hacia la puerta de la casa.

Una vez ante ella, llamó ansiosamente con los puños.

La lluvia era helada. Fuera del coche, Stella sentía frío hasta los huesos; no notaba apenas sus propios puños, a pesar de la fuerza con que aporreaba la puerta.

Al final ésta cedió.

No se oyó ningún chasquido, ningún ruido de la cerradura. Dio la sensación de que la puerta se abría sola.

Stella empujó.

La verdad era que no sentía miedo en aquel momento. Lo único que pretendía era guarecerse de la lluvia y de aquella condenada tempestad. No pensó ni por un momento en que en la casa pudiera haber algo extraño.

Todo estaba a oscuras cuando ella atravesó el umbral, manteniendo abierta la puerta.

El rayo lo iluminó entonces todo con un resplandor lívido. Stella vio que el interior estaba casi desamueblado; era como una inmensa nave de piedra. Parecía uno de esos viejos templos que modernamente son restaurados, y que mientras las obras duran, adquieren un inquietante aspecto de panteones vacíos.

Pero no fue eso sólo lo que el rayo mostró a la muchacha.

También había algo más.

Un cadáver.

Stella no esperó a ver aquello dos veces.

Dio media vuelta y corrió hacia su coche.

No le importaba lo que pudiera haber allí. Fuese lo que fuese, ella prefería estar lejos.

Abrió la portezuela, y en ese momento tuvo una segunda y brutal sorpresa.

Dentro del Morris había alguien.

Otro rayo lo iluminó también. Era un hombre joven, moreno, enfundado en una gabardina clara y con las manos enguantadas.

Tenía los ojos metálicos y fríos. Pero no hizo el menor gesto agresivo al ver a la muchacha.

—Perdone —dijo suavemente—. Creo que la he asustado.

Stella no comprendía nada de aquello.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Bolden.

—¿Y qué hace en mi coche?

El hombre improvisó una mueca. Pese a lo violento de la situación, hacia lo imposible por mantenerse agradable.

—Entre, por favor; se está mojando. Aquí dentro hablaremos mejor de lo que tenga que decirme.

Stella entró y gritó casi:

—¡Lo único que tengo que decirle es que este coche es mío! ¡Y va a salir usted inmediatamente de aquí!

—No se ofenda —dijo Bolden—. ¿Adónde iba?

—A Saint Gaudens. ¡Y voy a marcharme cuanto antes!

—De lo que deduzco que huye de esta casa...

—¡Naturalmente que huyo!

—Lo mismo que yo.

Stella quedó paralizada durante unos momentos. Por su cerebro pasó, como una visión fugaz, el cadáver que había visto durante unos instantes. El cadáver que aún yacía más allá de la puerta...

¿Era el asesino el hombre que estaba junto a ella?

Y si no, ¿quién podía serlo?

Bruscamente sintió miedo. Mucho más miedo en el coche que fuera, en el exterior. No le tranquilizaba el hecho de que ahora Bolden parecía tan asustado como ella. La verdad era que, a causa de la oscuridad, no podía apenas verle.

Stella hizo un terrible esfuerzo para mantenerse serena y preguntar:

—¿Qué tiene usted que ver con esta casa?

—Pensaba alquilarla para trabajar. Soy pintor paisajista.

—¿Ha llegado a vivir en ella?

—No. He venido esta misma noche.

—¿Sin automóvil?

—El mío ha sufrido una avería. Apenas he podido llegar hasta aquí. Por eso había tomado el suyo para irme.

—¿Ha visto el cadáver que hay en el vestíbulo?

—¿Y usted?

Stella movió la cabeza afirmativamente.

Sus manos se crisparon sobre el *tablier*. Por encima del parabrisas resbalaban las gruesas gotas de lluvia.

—No podemos irnos así —dijo, a pesar de hallarse persuadida de que más peligro corría cuanto más tiempo estuviera en aquel lugar y a solas con aquel hombre.

—En Saint Gaudens podemos avisar a la policía —susurró Bolden.

—¿Y antes no? ¿No hay teléfono?

—La casa no lo tiene.

Stella tomó una repentina decisión.

—Entonces debemos ver lo que ocurre. Me ha parecido que el cadáver llevaba poco tiempo allí.

Quizá el asesino se encuentre todavía en la casa.

Bolden la contempló admirativamente, a la luz de un rayo que se abatió a poca distancia. En poco tiempo parecían haberse acostumbrado tanto a ellos que ya no les impresionaba.

—Es usted una mujer valiente —reconoció.

—No tanto. Cuento con su ayuda.

—¿Y si el asesino fuera yo mismo? ¿Y si me hubiera sorprendido mientras trataba de huir?

—Creo que en ese caso, no me lo diría —susurró la muchacha—. Al menos, he de confiar en eso.

Fue ella la primera en descender del coche, aprovechando un instante en que parecía ceder la fuerza de la lluvia.

El hombre la siguió.

Llegaron en dos saltos a la puerta de la casa y Bolden la empujó. Ahora ningún rayo cruzaba el cielo y por contraste con los momentos anteriores, la oscuridad les parecía siniestra, casi total.

Bolden susurró:

—Ahora que necesitábamos los relámpagos...

—Debe haber algún conmutador junto a la puerta. Seguramente a la derecha.

Pruebe.

La derecha de Bolden tanteó la pared.

—Aquí está. Pero lo hago girar y no funciona.

—Debe haberse producido una avería en los cables —susurró Stella con desesperanza—. Ante una tormenta así era de esperar.

—¿Y qué hacemos ahora? ¿Entrar ahí sin ninguna clase de luz?

—No me atrevo —confesó Stella—. No quiero pensar lo que sentiría si llegara a tropezar con el cadáver.

—Pues no se me ocurre nada. No llevo encima ninguna linterna y, puestos a no llevar nada, no llevo encima ni un simple encendedor.

—Ya sé. Tengo una idea.

—¿Cuál?

—Los faros del coche. Lo encararé a la puerta y los encenderé, poniendo las luces largas. Todo el interior quedará iluminado y veremos perfectamente.

—Muy bien. Hágalo.

Stella retrocedió hasta el coche. Lo puso en marcha y maniobró hasta encararlo a la puerta.

Encendió los focos.

Todo el interior quedó perfectamente iluminado, aunque cubierto en parte por la figura de Bolden.

La muchacha abrió la portezuela.

—¿Podrá ver el interior?

—Sí. La luz es muy intensa.

—Apártese, Bolden, por favor. Así la iluminación podrá llegar hasta el fondo.

—De acuerdo.

Bolden desapareció a un lado de la puerta.

La muchacha miró a través del parabrisas, pero desde su situación no podía distinguir el cadáver.

La luz de los faros chocaba materialmente contra la pared del fondo, en el vestíbulo de la casa. Esto era todo lo que podía distinguir.

Decidió bajar y penetrar en el edificio, dejando las luces encendidas.

Se acercó a la puerta.

—Señor Bolden...

Nadie respondió.

—¿Dónde está, señor Bolden?

El silencio era absoluto, impenetrable. Era como una lápida que pesara sobre su cabeza.

La muchacha sintió que sus nervios estaban a punto de estallar. Gritó con todas sus fuerzas:

—¡Bolden...!

Pero nadie le respondió tampoco.

Era inexplicable. ¡Hacía sólo tres minutos que Bolden estaba allí! ¡Ella misma le había hablado!

¡Le había dicho que se apartara para no cortar el paso de la luz!

Pero ahora estaba sola. Este terrible pensamiento penetró como un dardo envenenado en el cerebro de la muchacha.

Estaba sola con un muerto...

Fue a gritar, perdido ya el difícil equilibrio de sus nervios, sintiendo que todo daba vueltas en torno suyo... Y fue entonces cuando escuchó aquella música.

Era una música cálida y vibrante. Ella la conocía bien. Aun en medio de su horror, pudo identificarla. Era una pieza de Paganini.

La interpretaba un violín, que sin duda estaba en manos de un verdadero virtuoso.

Stella no podía salir de su asombro. Incluso por un momento creyó haberse vuelto loca. Creyó estar soñando.

De pronto sonaron unos discretos aplausos.

Las luces se encendieron.

CAPÍTULO II

Las luces parecieron acercarse, acercarse... Luego, cuando estaban junto a sus ojos, estallaban bruscamente. Stella se sentía sacudida por un espasmo de horror cada vez que una de aquellas luces se aproximaba a sus ojos. Con las manos se los apretaba frenéticamente, intentando liberarse de aquellas visiones, hasta que al fin consiguió recuperarse.

Se dio entonces cuenta de que todo había sido como una pesadilla.

Estaba tendida en tierra y las luces que se acercaban y que de repente parecían estallar no eran más que linternas que manos desconocidas sostenían a muy poca distancia de su cara.

Las voces parecían llegar desde remotísimas distancias.

—Parece que se recupera...

—¡Qué lástima! ¡Y ahora la corriente eléctrica ha vuelto a cortarse otra vez! ¡Esta maldita tormenta!

Stella distinguió las confusas figuras que parecían gigantes y que la rodeaban por completo.

Las voces sonaron más cerca entonces.

—Por favor, siéntese aquí.

—Beba esto.

Stella sintió una cosa ardiente en la garganta. Se puso a toser.

Pero la verdad era que empezaba a sentirse mejor, aunque no entendiera nada de todo aquello.

—¿Qué ha ocurrido? —balbuceó.

—Estamos rodando una película.

—¿Queeee...?

—Permita que me presente. Soy el director, Edmund Sorensen.

Una mano fuerte se tendió hacia la suya. Stella la estrechó maquinalmente.

Y en aquel momento se encendieron las luces. La sala en la que

Stella se encontraba ahora quedó iluminada por completo.

Era enorme y parecía a primera vista absolutamente desordenada. Aquí y allá, al fondo, no visibles desde la puerta, yacían decorados, cortinas, muebles de todas clases, falsos tabiques, focos, cámaras... Y sillas, muchas sillas. Daba la sensación de que una verdadera multitud de técnicos había tenido que estar presente allí, dirigiendo todo aquello.

Edmund Sorensen era un hombre joven. Vestía pantalón y jersey ligero. Señaló toda aquella tramoya como si con ello se disculpara.

—Parece que se asustó —dijo—. Pero ya ve que no hay motivo.

—¿Qué ha sucedido?

—Oímos un grito y usted apareció desmayada junto a la puerta. Es todo lo que puedo decirle.

Stella tragó saliva penosamente.

—Pero, allí había un muerto...

—¿Un cadáver? —dijo Edmund Sorensen—. Claro... ¿Era éste?

Le señaló a un hombre de unos treinta años, alto delgado, que se estaba sirviendo en aquel momento un vaso de licor.

Stella parpadeó.

—Creo que... Sí, era éste.

—Le presento a Granger, uno de nuestros artistas jóvenes más prometedores.

—Pero..., ¿qué clase de película están rodando?

—Una de terror, naturalmente.

Stella iba dándose cuenta de la situación. Poco a poco se asentaban sus ideas.

Todo lo que ella había creído un misterioso asesinato, era en realidad una simple ficción cinematográfica. Allí, por decirlo así sencillamente, no había ocurrido nada.

O sí.

Había ocurrido algo.

—¿Dónde está el hombre? —preguntó Stella.

—¿Qué hombre?

—El que estaba conmigo en el coche. ¿No notaron los faros?

—Sí. Estuvo a punto de estropearnos el ensayo. Yo elegía en aquel momento los fondos musicales y Granger estaba en «posición» porque íbamos a empezar a rodar de un momento a otro.

Stella apretó los labios.

—Bueno —dijo—, antes de que llegara yo, por esta puerta entró un hombre.

—No hemos visto a nadie...

Sorensen volvió la cabeza, interrogando con la mirada a sus ayudantes.

—¿Habéis visto vosotros a alguien?

—No. A nadie.

—Claro que estaba oscuro —dijo un técnico.

—¿Cómo era?

Stella vaciló. Ahora se daba cuenta de los escasos detalles que había observado en su improvisado compañero. Lo recordaba apenas como una figura alta, borrosa, lejana. De pronto, le parecía como si no hubiese existido nunca.

—Era alto —musitó—. Vestía normalmente, aunque iba empapado por la lluvia. Facciones muy blancas y rígidas. Y me aseguró que se llamaba Bolden.

El director hizo un gesto de impaciencia. Daba la sensación de que tenía cosas más importantes en que pensar.

—Bueno, habrá ido a cualquier sitio. Esto es grande. Ya aparecerá. ¿Cómo se siente ahora?

—Creo que mucho mejor.

—¿Qué va a hacer?

—Pensaba seguir viaje, pero...

El director chascó los dedos. Pareció tomar una repentina decisión.

—Quédese aquí: ¿Cómo va a seguir con esta tormenta? Puede matarse en cualquier curva.

—¿Ustedes se quedan?

—Tenemos varias *roulottes* detrás de la casa. Todo esto es alquilado, ¿sabe? No lo he visto bien pero creo que hay habitaciones de sobra. De modo que si quiere quedarse en la casa, puede hacerlo tranquilamente. Por cierto, ¿cómo se llama?

—Stella.

—¿Qué decide?

—Me quedaré.

—¡Vaya, lo celebro...! Y no ponga esa cara asustada porque no hay para tanto. Continuamente se están rodando por el mundo muchas películas de horror. Éste es un trabajo como cualquier otro.

Stella se llevó una mano a los cabellos, tratando de ordenarlos.

—Claro. ¡Qué tonta he sido!

Un trabajo como cualquier otro, el director lo había dicho.

¿Qué motivo real había para que ella se hubiese asustado tanto?

—¿Cómo se titula la película que están rodando? —preguntó.

—Tiene un título muy adecuado para esta noche de tormenta y el ambiente de esta casa: «La hija de vampiro».

CAPÍTULO III

Stella no podía dormir.

Tendida en un antiguo lecho sin más abrigo que una manta proporcionada por la *script*, daba vueltas y más vueltas mientras fuera seguían resonando los truenos. La luz de los relámpagos iluminaba vívidamente la habitación con regularidad casi cronométrica.

La muchacha consultó su reloj de pulsera: las tres de la madrugada.

Comprendió que sería inútil tratar de conciliar el sueño.

Pesadamente se puso en pie. Estaba vestida.

Los que intervenían en el rodaje de la película se hallaban casi todos descansando en las *roulottes* situadas en los campos silenciosos que rodeaban la casa. A Stella le habían asignado un dormitorio relativamente decoroso, sobre cuya cama había caído destrozada, rendida.

Pero sus propios nervios la habían traicionado, despertándola.

Descendió a la planta baja, siempre tanteando las paredes y guiándose a intervalos por la luz de los relámpagos. Allí vio una puerta que creyó que daba a una salida lateral.

Pensó que por allí encontraría inmediatamente el campo donde se hallaban las *roulottes*.

Pero en lugar de eso vio más escaleras húmedas y viscosas, cuyos peldaños descendió en parte.

Luego se detuvo, sintiendo frío en la columna vertebral.

Porque aquellas escaleras llevaban a un sótano.

Y en el centro de éste había un ataúd.

CAPÍTULO IV

Stella quedó paralizada a mitad de la escalera. Nunca hubiera podido suponer que aquella puerta condujera a los sótanos de la casa. Precisamente había querido salir y ahora estaba más encerrada que nunca en las entrañas de ésta.

El sótano estaba iluminado por dos tubos de neón que enviaban sobre el ataúd una luz rosada y en cierto modo alegre, tanto que la impresión de horror que la muchacha había tenido en el primer momento fue desvaneciéndose poco después.

Dentro del ataúd se hallaba una mujer.

Estaba vestida de negro y tenía una edad indefinible. Parecía estar acartonada, flotar más allá del tiempo. Podía tener unos cuarenta años, sesenta y quizá un siglo. Evidentemente, era una muerta, pero Stella no inquietó.

«Otro truco de esa gente —pensó—. Los trucos de cine son cada vez más realistas».

Se acercó a la lúgubre caja.

Le cabía la duda de si la mujer era una simple figura de cartón o si era de cera, es decir, perfectamente hecha. Quiso comprobarlo.

Por eso descendió hasta el nivel del sótano, llegando a un paso del ataúd.

Y entonces su respiración quedó cortada.

Su piel estaba apergaminada. Daba la sensación de haber sido embalsamada mucho tiempo antes.

Sus ojos espantosamente quietos brillaban tenuemente entre los párpados a medio cerrar.

El frío pareció llenar la columna vertebral de Stella. Por unos instantes fue incapaz de moverse.

De pronto oyó arriba aquella voz.

—¡Las cámaras! ¿Quién las ha dejado ahí? ¡Y los cruzados! ¡Puede haber un cortocircuito!

Era la voz de Sorensen, del director.

A Stella aquella voz le produjo el efecto de algo que tenía que salvarla, fue como una nota de humanidad en aquel mundo casi irreal en el que de pronto se había visto introducida.

De pronto recuperó el movimiento. Corrió hacia las escaleras.

Abrió la puerta violentamente y se encontró con Sorensen. Éste examinaba con expresión iracunda dos cámaras que, al parecer, no debieran estar allí.

Se la quedó mirando como si Stella fuera una alucinación.

—¿Qué ocurre? —murmuró—. ¿De dónde sale con esa cara?

No le producía la menor alegría el verla. Eso se notaba.

—Ahí, ahí abajo.

—¿Qué sucede ahí abajo?

—Hay un ataúd.

Sorensen suspiró.

—Claro que hay un ataúd —dijo resignadamente.

—¿Usted lo sabía?

—¡Por supuesto que sí! ¡Forma parte de nuestro material de trabajo! ¡Vaya a dormir de una vez y déjeme tranquilo! Le he dicho que rodamos una película de vampiros. Y para eso hay que comprar un ataúd.

Stella sentía un frío espantoso, un frío que descendía por su columna vertebral, hasta llegarle a los pies.

—Es que... —balbuceó—, el ataúd está ocupado.

—¿Qué dice?

—Hay en él una mujer muerta.

Sorensen parpadeó. Parecía no creer aquello. Se acercó a Stella y la miró fijamente a los ojos.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que aquella expresión aterrorizada no podía mentir. Cuando pensó que lo que Stella decía debía ser verdad.

—¿Una muerta? —balbució.

—Por favor, venga conmigo.

Él pareció vacilar un momento y al fin susurró:

—Está bien, vamos.

Abrió la puerta y descendió los peldaños que poco antes había subido precipitadamente Stella.

De pronto, se detuvo.

—¿Por qué trata de reírse de mí?

Su voz era dura, áspera.

Stella se detuvo también, sintiendo que no podía respirar.

Vio el ataúd abajo, el ataúd con el que se había tropezado poco antes.

Pero ahora estaba vacío.

—Creo que necesita descansar —dijo Sorensen abruptamente—. Quizá descansar por mucho tiempo... Sufre pesadillas.

—Le juro que...

—No jure nada. No es necesario.

La tomó por un brazo y la hizo subir. En sus gestos había de pronto una extraña suavidad.

Stella nunca se había sentido tan humillada como en aquellos momentos. Le habían sucedido cosas en la vida, pero jamás hubiera creído que llegasen a tomarla por una loca.

Le espetó a Edmund Sorensen:

—¡Sepa que voy a marcharme enseguida! —gritó—. ¡No puede retenerme aquí!

—¡Claro que no puedo! ¡Ni quiero! ¡Al contrario, si se marcha nos ahorrará a todos muchas preocupaciones!

—¡Pues lo haré ahora mismo! ¡No me verá más!

Sorensen se limitó a desearle buena suerte.

En su rostro joven se reflejaba una mueca de cansancio.

Stella subió a su habitación con tanta rapidez como si detrás tuviera un cohete propulsor. Diríase que volaba. Entró en el cuarto, cerró la puerta de golpe y dirigió una mirada a su maleta, que tenía abierta a un lado de la cama.

No le costaría ni tres minutos ordenar sus cosas, cerrar el equipaje y alejarse de allí en su pequeño Morris.

Además ya no llovía.

Apartó sus libretas de apunte para dejar espacio a sus ropas. Sus dedos hicieron resbalar una pequeña libreta de notas que conservaba con cariño desde sus días de niña. En ella había dibujos, notas, apuntes, autógrafos..., todo un mundo de nostalgia del que Stella no quería prescindir.

La libreta, al caer al suelo, quedó abierta por una de las primeras páginas. En ella había un dibujo. Un simple escudo nobiliario que Stella dibujó cuando tenía seis años, quizá cinco.

La muchacha entornó los párpados.

Éstos temblaban.

¿Dónde había visto antes aquel escudo? ¿Qué le recordaba?

De pronto sintió que sus labios se entreabrían. Estuvo a punto de lanzar un grito.

Aquel escudo lo había visto poco antes. Muy poco antes.

¡Porque era el mismo escudo de piedra que campeaba sobre la puerta de aquella casa!

CAPÍTULO V

La puerta se abrió bruscamente a espaldas de Stella, mientras el espacio era rasgado por un nuevo relámpago que lo barrió todo con luz cadavérica.

La muchacha estuvo a punto de lanzar un grito.

Se volvió de repente, llevándose las manos a la cabeza.

En el umbral estaba Edmund Sorensen. Éste la miraba con expresión inquieta. Sin duda sonreía al entrar, pero su sonrisa se había helado en los labios.

—Perdona —balbució.

Stella recuperó difícilmente el habla.

—¿Por qué ha entrado?

—Necesitaba pedirle perdón. Creo que he estado muy duro con usted. Demasiado duro.

Stella no contestó, pero se le notaba que respiraba agitadamente. Su blusa ligera no ocultaba en absoluto los movimientos alterados de su busto y Sorensen tuvo que fijarse forzosamente en ello.

—¿Qué sucede?

—Quizá esté asustada. Comprendo que esta noche no es apta para cardíacos.

—Ya iba a irme.

—Eso es lo que me ha hecho venir —dijo humildemente—, el pensamiento de que iba a tomar la carretera de nuevo con una noche así. Hay claros en el cielo, pero por todas partes sigue lloviendo, aquí mismo ya he visto que empieza de nuevo. Me equivoqué al decirle que se fuera.

—Entonces, ¿qué debo hacer?

—Quedarse.

—Prefiero arrostrar el peligro de un accidente que el peligro de volverme loca. Quizá ya empiezo a estarlo. Le juro que no puedo más.

Él consiguió sonreír ahora. Resultaba asombroso el cambio que se operaba en su rostro cuando conseguía que éste fuera animado por una sonrisa.

—Precisamente por eso le he buscado una compañía —dijo.

—¿Qué compañía?

—La señorita Key, una de nuestras mejores guionistas.

Abrió la puerta un poco más y compuso una señal para que alguien entrase.

Hizo entonces acto de presencia en la habitación una mujer alta, rubia y aceptablemente joven. En realidad al fijarse uno bien en ella, se daba cuenta de que parecía más joven de lo que era.

Usaba prendas muy prácticas y cómodas. Pantalones ajustados, botas de media caña, chaqueta de ante y camisa deportiva de cuello abierto. Pero Stella no se fijó en eso.

Sólo se fijó en su cara.

Porque aquella mujer era..., ¡era la misma que ella había visto en el ataúd unos minutos antes!

Edmund Sorensen fue el primero que notó aquella alteración en su rostro. Hizo un gesto de sorpresa y en cierto modo de desencanto, porque se dio cuenta de con la presencia de *miss* Key no había logrado otra cosa que desorientar aún más, si cabía, a la muchacha.

Por lo visto, Stella no tenía remedio.

—¿Qué le sucede? —balbució.

—Na..., nada.

—Parece como si usted conociese a *miss* Key. Como si se asombrase de verla.

Stella apretó los labios.

Nunca había sentido tan terrible desesperación, una angustia tan honda.

«Quieren volverme loca —pensó—. Sí, eso es lo que quieren... Se trata de un complot que no entiendo, pero que sólo tiene por objeto enviarme al manicomio... Lo peor es que van a conseguirlo. Y nadie me ayudará si no me ayudo yo misma».

Paradójicamente, el sentirse sola fue lo que le dio nuevas fuerzas. El saber que, si ella se hundía, se hundía para siempre.

—¿Qué le pasa? —preguntó el director.

—Nada... Nada absolutamente. Estoy encantada de conocerla, señorita Key.

Hizo un esfuerzo terrible para tenderle la mano y mostrarse natural.

Cuando *miss* Key estrechó su mano derecha, Stella sintió que el frío penetraba hasta sus huesos.

Pero hizo un esfuerzo supremo para no demostrarlo.

—Edmund me ha dicho que usted está algo nerviosa —susurró *miss* Key, soltándole la mano—, y que sería conveniente que le hiciese compañía.

—Sí, es posible que tenga razón.

—Yo estaré encantada. Por cierto, llámeme Mirna. El nombre de Key sólo lo uso para el trabajo.

—De acuerdo...

—¿Por qué no viene a mi dormitorio?

—¿Es necesario?

—Tengo una habitación muy confortable en la planta baja y usted no se sentirá tan sola.

Stella necesitó otro esfuerzo terrible de voluntad para balbucir:

—Muy bien, iré.

El director lanzó una carcajada.

—Bueno, creo que la dejo bien acompañada, Stella. Espero que no volverá a sentir temores en toda la noche.

—Sí. Me deja... muy bien acompañada.

—Entonces, adiós. Yo tengo mucho trabajo. No encuentro nada bien colocado esta noche. Y mañana quiero rodar unas escenas exteriores que van a ser difíciles.

Las dejó solas.

Mirna Key sonrió enigmáticamente mientras miraba a Stella. Ésta no supo si Mirna se burlaba de ella o quizá todo era debido a una terrible alucinación. Ya no estaba segura de nada. Pero de todos modos, oyó claramente las palabras de la mujer.

—¿Viene conmigo?

—Sí, desde luego.

El dormitorio de Mirna no tenía nada especial. En una vetusta habitación había sido instalada una cama plegable y un tocador plegable también, con un equipo completo de maquillaje, pese a que Mirna no tenía por qué usarlo. Había también una mesilla con

una máquina de escribir y varias hojas llenas de notas.

—Le cedo la cama —dijo simplemente Mirna.

—¿Y usted?

—Trabajaré mientras tanto. No me importa. No tengo ni pizca de sueño, en cambio se me han acumulado muchas cuartillas ¿le molestará el teclear de la máquina?

—No, en absoluto.

—Entonces, procure dormir. Yo le haré compañía.

Stella pensó que el teclear de la máquina era, después de todo, una garantía para ella. Se alegró, pues, de que Mirna Key, o quien fuese, escribiera. Mientras lo hacía tendría las manos ocupadas y ella podría saberlo por el teclear.

Cerró los ojos.

Pero la cabeza le daba vueltas. Le iba a ser imposible dormir.

—¿Cómo se titula la película? —preguntó en voz baja.

Mirna dijo, sencillamente:

—«La hija del vampiro».

Y siguió tecleando sin mirarla más.

Stella sintió una sacudida. ¿Por qué? ¿Qué extraños recuerdos le trajo aquello? ¿Por qué era como si aquella situación, la hubiera vivido otra vez?

Se levantó.

—¿Adónde va? —preguntó Mirna con voz impersonal y un reflejo metálico en los ojos.

—A buscar mi bolso. Está ahí mismo y quiero ver una cosa.

Mirna Key no hizo ningún comentario. Sólo la miró de un modo algo especial, como si pensara que estaba tratando con una trastornada. Pero al fin se encogió de hombros y siguió tecleando en la máquina. Desde la puerta, Stella preguntó con un soplo de voz:

—¿Qué hace?

Necesitaba oír sus propias palabras para animarse. Mirna Key no levantó siquiera la cabeza.

—Paso a limpio unos cambios en el guión. Ha habido reajustes de última hora. ¿Sabe lo que es eso?

—Sí, claro que sí... Me hago cargo.

Y salió.

Fue a la habitación que había ocupado antes, donde estaba su bolso. De allí extrajo la libreta con los apuntes y dibujos de su

infancia y se acercó a la ventana para poder ver con cierta claridad. Los rayos eran ahora muy lejanos, pero su lívido resplandor aún seguía alumbrando. Examinó el escudo cuidadosamente.

Sí. Estaba segura de que se trataba del mismo, pero necesitaba comprobarlo bien.

Descendió a la planta baja. Ahora se movía con más seguridad, puesto que empezaba a conocer la casa. La puerta estaba abierta y se veía, al fondo, brillar las lucecitas de algunas *roulottes* alumbradas por las baterías de los coches. Todo el mundo dormía poco allí, al parecer, inquietado por las incidencias del rodaje. Quizá tenían la casa alquilada por poco tiempo, para ahorrar dinero, y les convenía darse prisa. Pero Stella dejó de pensar en eso y prestó atención al dibujo, mirando al mismo tiempo el escudo que campeaba sobre la casa. No cabía duda, era el mismo. Y no cabía duda tampoco de que lo había dibujado ella. Lo había dibujado cuando era niña, y teniendo el escudo delante. Una cosa así era imposible de inventar.

Notó que le recorría un estremecimiento.

¿En qué remoto tiempo había vivido ella allí? ¿Cuándo estuvo antes en aquella casa? ¿En sueños?

¿O tal vez había que creer en la transfiguración de las almas y en una vida anterior, de la que sólo recordamos ráfagas o de la que nunca recordamos nada?

Pero también cabía otra explicación, y esa explicación era la que Stella estaba dispuesta a aclarar. Por tanto, y aprovechando que la lluvia casi había amainado, se dirigió a su pequeño Morris.

Las finas gotas de lluvia daban en su rostro. Tuvo la sensación de que nunca olvidaría aquello, de que, aunque pasaran muchos años, seguiría viendo las luces inciertas de las *roulottes*, las sombras de los árboles y el entorno espectral de los montículos que bordeaban la carretera. Pensó también que quizá el misterioso Bolden la estaría esperando, como antes, en el interior de su vehículo.

Se estremeció porque ahora creía saber algo. Ahora creía saber que Bolden no existía realmente.

Pero en el interior del Morris no había nadie. Se puso ante el volante, dio contacto y el motor arrancó a la primera y salió de la zona fangosa en que las ruedas se habían parcialmente hundido. No

tardó en encontrar la carretera, guiada por los relámpagos, pues no había querido encender las luces del coche.

Parecía como si huyese, y en realidad, algo de eso estaba sucediendo.

No se dirigió a Saint Gaudens, sino que tomó la dirección contraria. Había visto poco antes, en un caserío, un bar que estaba abierto. Quizá. Con un poco de suerte no lo habrían cerrado aún. Y, con un poco más de suerte, habría en él teléfono y todo.

Unos quince minutos después distinguió las luces entre las finas capas de lluvia. No, no lo habrían cerrado aún. Se apeó y entró en el local, que estaba lleno de humo. Unos cuantos campesinos aún jugaban a las cartas cachazudamente. Todos miraron al verla entrar, y los ojos fueron de su cara a las excelentes piernas. Stella se sintió revitalizada al entrar allí, como si hubiera dejado atrás una pesadilla y tomado contacto de nuevo con la vida real. Se acercó al patrón que, en mangas de camisa, la miraba con curiosidad desde la barra.

—¿Se ha perdido? —murmuró en español, creyendo que venía del otro lado de la cercana frontera.

—No, no me he perdido —contestó ella en francés sonriendo—. Pero necesito hacer una llamada telefónica.

—¡Cómo no! ¿Qué quiere beber?

—Pues... —Stella dijo el primer nombre que se le ocurrió—. Un «Pernod».

—Bien.

Mientras se lo servían, fue al teléfono, que ocupaba un lado discreto del local. Mientras consultaba la guía, los jugadores la miraban de soslayo, disimuladamente.

Retazos de sus conversaciones llegaban hasta ella, pese a que procuraban hablar en voz muy baja.

—¿Tú crees que habrá venido a «trabajar» aquí, Pierre?

—No. Es demasiado joven. Y demasiado bonita.

—Pero a lo mejor...

—No se perdería por estas aldeas. Es de esas que en París, si quieren, se hacen millonarias en un año.

Stella se sonrojó, porque entendió perfectamente de qué hablaban, pero fingió no oírles.

La población importante más próxima era Foix, y la guía

telefónica correspondía a ésta. Buscó del número de la comisaría de policía y lo discó nerviosamente.

Una voz cansada le respondió al cabo de unos momentos.

—¿Sí?

—Es importante..., es importante que hable con un inspector. Soy una mujer que está en peligro.

—¿Un peligro? ¿De qué clase?

—Por favor, un inspector sólo podrá entenderme si hablo personalmente con él ¿es tan difícil que venga?

—Espero por su bien que no se trate de una broma.

—No sé cómo convencerle. Le juro que no, que no es una broma.

—Bien, dígame su nombre.

—Stella Brassens.

—¿Dónde está?

La muchacha miró a través de los cristales el rótulo del establecimiento.

—En un bar llamado La Chapelle, a unos veinticinco kilómetros de Saint Gaudens.

—Lo conozco. Pero, oiga. Ahí no le puede acechar ningún peligro. Como máximo que algún campesino se le declare.

—Es distinto. Por favor, ya les explicaré.

—De acuerdo; no se mueva de ahí.

Stella colgó, tomó entre sus dedos la copa de «Pernod» que ya estaba sobre la barra y la llevó a una de las mesas, cerca de la ventana, ante la cual se sentó. Sus facciones estaban muy pálidas. La lluvia volvía a arreciar y golpeaba los cristales cada vez con más fuerza.

Notaba las miradas de los hombres clavadas ansiosamente en sus rodillas, en lo que podía adivinarse de sus muslos.

El tiempo se le hacía interminable. Temió que el inspector tardase mucho en llegar, con lo difícil que estaba la carretera. Pero se presentó allí unos veinte minutos más tarde.

Era un tipo joven, vestido con gabardina clara y que tenía aspecto de estar aburrido al tener que ganarse la vida en una pequeña ciudad de provincias. Se dirigió hacia ella, pues no cabía duda de que, entre todos los que estaban allí, sólo la muchacha podía haber llamado.

—Inspector Nevers —dijo sentándose al otro lado de la mesa—.

Un poco fuerte el «Pernod» para usted, ¿no?

—Tal vez.

—¿Por qué nos ha llamado?

—Necesito que me ayuden.

—La policía está para eso, para ayudar..., si realmente hace falta. ¿Qué le ocurre?

Ella explicó rápidamente todo lo que le había sucedido desde que los rayos, cayendo muy cerca, la obligaron a pensar en la posibilidad de dejar el coche y guarecerse donde fuera. No omitió la extraña aparición y desaparición de Bolden, el hecho de que a Mirna Key la había visto muerta y luego viva, y muy en especial la incomprensible coincidencia del escudo con aquel dibujo que ella hizo cuando era niña.

Nevers la escuchaba con una mezcla de interés y escepticismo. Un par de veces asintió con lentas cabezadas y otro par de veces hizo una expresiva seña, como indicando que no creía una palabra. Al fin chascó los dedos.

—Bueno —dijo—, usted misma ha dado la explicación.

—¿Qué explicación?

—Están rodando una película. Todo es obra del ambiente, de los efectos especiales. ¿O qué pensaba?

—Pero Bolden apareció y desapareció.

—Siempre hay gente que aparece y desaparece. Vaya a París e instálese en la boca del Metro del Carrefour l'Odeon.

Miles de personas aparecen y desaparecen, se largan, se evaporan, van, vienen.

Bolden se fue, ¿y qué? La tal Mirna Key, debidamente maquillada, estaba ensayando una escena.

¿Tiene eso algo de malo?

—No, pero está lo del escudo.

—¿Y eso qué tiene que ver? Una coincidencia.

—No es posible.

Nevers bebió, sin pedir permiso, un poco del contenido de la copa de la muchacha.

—¿No pudo haberlo copiado de un libro? Hay algunos de ellos que están llenos de escudos nobiliarios.

—Yo no tuve jamás uno de esos libros, estoy segura.

—Entonces, ¿cuál es su idea? ¿Qué ha llegado a pensar?

—Que aquel escudo es pura tramoya, como tantas y tantas cosas que hay en aquella casa.

Seguramente es de yeso, pero no he podido comprobarlo, porque estaba muy alto. Alguien lo ha puesto ahí sólo para asustarme, para forzarme a cometer algo fuera de la realidad, para volverme loca.

Nevers la miró como si pensara: «Nena, lo de volverte loca ya lo has conseguido. ¡Y de qué modo!».

Pero se armó de paciencia al preguntar:

—Entonces, ¿debía ser alguien que conocía su pequeño cuadernillo de dibujos?

—Sí.

—¿Quién?

—Mis parientes. Yo voy a heredar una fabulosa fortuna dentro de unos días, pero no podré heredarla si estoy loca. Entonces serán mis parientes quienes la administrarán.

Nevers afirmó con una cabezada y sus ojos cambiaron de expresión. De repente, la chica ya no debió parecerle tan extraña.

—Bien... —murmuró—. Investigaré si el escudo es auténtico. Es una cosa que cuesta poco trabajo y que se comprueba de una vez por todas. ¿Tiene ese cuaderno de dibujos?

—Sí, claro.

—Démelo.

Ella se lo entregó con mano insegura. Y entonces Nevers lo alzó sobre su cabeza.

—¡Pierre! —llamó.

Uno de los más fervientes admiradores que tenían las piernas de Stella, se puso en pie de repente.

—Diga, inspector.

—¿Conoces este escudo?

Pierre lo miró y remiró.

—Sí que lo conozco. Como todo el mundo, claro. Menos usted, que es novato. Se trata del escudo de los Verneil. Toda una antigüalla.

—¿Lo tienen sobre la puerta de su casa?

—Sí, aunque los Verneil ya no existen. Con el viejo se acabó todo, pero el escudo ha quedado.

Ahora creo que alquilan la casa para hacer una película. Una de

esas películas de miedo ¿sabe?, como si la comarca no fuera ya lo bastante siniestra. Dicen que un administrador que vive en Montauban la ha hecho pagar a buen precio.

—¿Pero el escudo es auténtico?

—¿Qué quiere decir?

—Que si siempre estuvo allí, hombre.

—Claro que estuvo. Yo lo he conocido desde niño, y mi padre lo conoció también. ¡Menuda tontería!

Y se quedó mirando las piernas de Stella, como si pensara: «Esto, en cambio, no lo es».

Nevers musitó:

—Muchas gracias.

Cuando se hubo alejado Pierre, miró a la muchacha con expresión vacía, ausente.

—Ya ve que no es una trampa —dijo—. El escudo es auténtico.

—Sí... pero, pero no acabo de creerlo.

—Tendrá que hacerlo, señorita Brassens.

—¿Por qué no vamos hasta allí y lo tocamos? ¡Es lo único que me podría convencer!

Nevers acarició el borde de la mesa.

—De acuerdo, la acompañaré aunque sólo sea para quitarle esas ideas de la cabeza. ¿Usted sabe lo bien que se estaba en la comisaría de Foix? Afuera llovía y hacía frío, mientras que en nuestra habitación teníamos una chimenea y unos leños, una botella de Martell, tabaco y, sobre todo, la seguridad de que en una noche así no pasaría nada... De repente, ¡plam!, aparece usted con sus escudos y todo. Pero ya que me ha hecho salir de allí, ya que me ha fastidiado la noche, iré donde sea.

Se puso en pie y Stella pagó la bebida. Luego subieron al Morris. Él había dejado atrás su R.I.O, cuyo color oscuro se confundía con la noche.

—Es un buen cacharro —elogió Nevers—. Pero caro ¿no?

—Bastante.

—¿A qué se dedica usted?

—Soy pintora. He hecho algunas exposiciones.

—¿Y ha ganado mucho dinero?

—No —reconoció Stella—. Hasta ahora no puede decirse que haya tenido demasiada suerte. Mi arte quizá sea muy clásico,

demasiado de otra época. Ahora la gente se ha vuelto loca y prefiere una raya, una mano de tinta y ¡zas!, cuadro hecho.

—¿Entonces, de qué vive?

—Ya le he dicho que poseo una gran fortuna, que por el momento de administra mi tutor, el señor Poincaré. Él me pasa una pensión para mis gastos, que no son demasiado elevados; pero dentro de una semana, al cumplir veintiún años, entraré en completa posesión de la herencia y podré hacer lo que me plazca.

—¿Por eso teme que quieran volverla loca?

—Pues, se me había llegado a ocurrir.

—¿Tal vez el señor Poincaré?

—No sé, no quiero acusar a nadie. Es terrible todo lo que sucede, ¿se da cuenta? Pero quizá sea un conjunto de casualidades y mañana, al salir el sol, de ría de todo.

Él murmuró:

—Yo estoy seguro de que será así. Y ahora, andando. Siempre he tenido curiosidad por saber si un Morris se sujeta bien en las curvas mojadas.

Resultó que sí, que se ajustaba bien, aunque Stella conducía con tanta prudencia que, en realidad, no puso a prueba el coche. Llegaron ante la casa y ella apagó los faros.

—No saben que he salido —explicó.

—Ah, ya.

En la oscuridad, seguían titilando las luces de las *roulottes*. No se advertía ningún movimiento en torno a la casa. El único ruido que se captaba era el de la lluvia que cada vez caía con más fuerza, y que a intervalos convertía el techo del coche en la membrana de un tambor.

—¿Dónde está el escudo?

—Ahí, sobre la puerta.

Se acercaron y lo miraron, pero sólo se advertían sus relieves confusos. Nevers murmuró:

—Si fuera de yeso, ya estaría medio deshecho con la lluvia.

—Quiero tocarlo yo misma. ¿Me ayuda?

—Es el favor más agradable que me han pedido en mi vida —dijo él, sin hacérselo repetir.

La sujetó por las piernas y la izó. Era, en efecto, un favor agradable, por el que Pierre y los otros hubieran dado a gusto la

cosecha de un año, aunque el lío vendría luego, para justificarlo ante sus mujeres. Ella palpó con sus dedos los relieves del escudo, sin querer darse cuenta de lo que Nevers estaría pensando. Comprobó que era un escudo sólido, añejo, de buena piedra. Un escudo que había resistido allí el paso de varias generaciones, hasta que el último de los Verneil debió estallar como un globo en aquella misma casa.

—¿Se convence?

—Sí, es un escudo de verdad.

La bajó, aunque hubiera deseado que ella se convenciese más rato. Una vez la tuvo frente a él, trató de dirigirle una sonrisa alentadora.

—Ya ve que no ocurre nada. Todo esto es, ¿cómo explicarlo?, pura sugestión suya. Usted misma lo ha dicho. Mañana, cuando se disipe la tormenta, lo verá de otro modo.

—Puede que... sea cierto.

—Y ese escudo, cuya similitud no niego, debió copiarlo de un libro, estoy seguro.

Ella no contestó, porque en ese punto estaba segura de no equivocarse; no había tenido nunca un libro de aquella clase.

—¿Quiere venir conmigo a Foix? —ofreció Nevers—. La llevaré y de paso me hará un favor, porque yo venido en su coche y ahora tendría que volver a pie.

La muchacha vaciló.

Por unos momentos se mordió el labio inferior, nerviosamente, casi con angustia.

—Llévese el Morris —dijo al fin—. Yo me quedaré aquí.

—¿Por qué?

—Ahora siento algo muy femenino: curiosidad, no sé si me entenderá, pero quisiera saber en qué acaba todo esto. Ver qué aspecto tiene dentro de unas horas cuando amanezca, y hasta repasar los recuerdos de mi infancia, por si hay algún detalle que me haya pasado inadvertido.

—Como quiera. Desde luego, no creo que corra el menor peligro.

Le dio la mano y se alejó en silencio. Instantes después se oía el suave runruneo del motor al ser puesto en marcha. La leve silueta del vehículo desapareció entre lluvia.

Stella tragó saliva penosamente.

Ahora, al quedarse sola, estaba segura de haber tomado una decisión equivocada. Pensó que nunca, nunca, debió haber accedido a quedarse toda la noche allí.

Pero ya estaba hecho. No podía irse, porque no tenía ni automóvil.

Seguramente, Nevers se lo devolvería a la mañana siguiente, por medio de un gendarme. Y el gendarme regresaría a Foix en alguno de los autobuses de cercanías que debían circular regularmente por aquella carretera.

Entró en la casa, cuya puerta circular seguía abierta como antes, como si no hubiera transcurrido el tiempo.

El silencio volvía a ser angustioso, total. En el interior no se oía ni el ruido de la lluvia.

El corazón de Stella Brassens volvió a latir descompasadamente.

CAPÍTULO VI

El ruido de la máquina la reanimó. Mima Key, al parecer, seguía tecleando como si nada hubiera ocurrido. Stella entro en la habitación y la vio de espaldas ante una pequeña pila de cuartillas. La otra no pareció oírla hasta que estuvo casi a su lado.

—Señorita Key...

Se sobresaltó.

—Ah, es usted...

—Ya he vuelto.

—Pues ha tardado mucho rato. Creí que se había ido ya para siempre... ¿Dónde ha estado?

¿Buscando novio?

—Trataba de arreglar una avería de mi coche.

Mirna Key miró instintivamente las manos de Stella que estaban demasiado limpias, y por unos momentos pareció sonreír para sí. Pero al fin se encogió de hombros, como diciéndose que aquello no le importaba.

—¿Qué va a hacer? —preguntó luego—. ¿Dormir?

—¿Y usted no?

—Ya he terminado mi trabajo —dijo Mirna Key, tirando la última cuartilla del carro de la máquina. Quiero que lo vea Sorensen, el director.

—¿No estará él durmiendo ahora?

—No lo creo, pero en todo caso le despertaré. Esta película ya debía haber sido terminada, ¿sabe? Por cada día de retraso, hemos de pagar una suma al tirano del productor. Sorensen quiere que ahora no perdamos un solo minuto.

—Comprendo.

Llegó hasta la puerta y entonces la voz de Stella la detuvo:

—Señorita Key...

—¿Qué?

—¿Interpreta usted algún papel en la película?

—No. ¿Por qué lo pregunta?

—Me había parecido verla. Bueno, maquillada dentro de un ataúd.

Mirna Key se rió. Lo hizo ásperamente, de una forma desagradable.

—¡Qué tontería! Yo no soy una artista, y menos una artista de las que dan miedo. Mi cargo es puramente técnico ¿sabe? Y ahora procure descansar.

Nos están dando bastante jaleo esta noche, entre usted y...

—¿Quién?

Mirna Key se mordió el labio inferior, nerviosamente.

—No, nadie.

—Usted iba a mencionar algún nombre.

—Se equivoca, no iba a decir nada, y olvídelo.

Se alejó rápidamente. Stella quedó confusa, sin saber qué pensar. Se sentó en el borde de la cama plegable y miró aprensivamente hacia la puerta, que no era más que una mancha negra.

¿A quién había estado a punto de mencionar ella? ¿A Bolden tal vez?

¿Al que desaparecía y aparecía? Pero Edmund Sorensen había dicho que no recordaba aquel nombre. No había razón para suponer que mintió.

Se tendió en la cama e intentó dormir. Sí, eso sería lo mejor. Dormir. Olvidarse de una vez de todo, que aquella extraña pesadilla.

Lo consiguió, pero sólo a medias. Había momentos en que aún creía hallarse en aquel bar de la carretera, que por lo visto no se cerraba en toda la noche. O creía oír la voz de Nevers, que ya debía estar de regreso en Foix, entrando en reacción junto a la lumbre. Y había otros momentos en que veía el escudo que ella misma dibujó muchos años antes, aunque no sabía cómo.

De pronto, despertó sobresaltada.

Le parecía haber oído un ruido muy cerca, en las escaleras que llevaban al piso superior.

¿Y qué? Nada más natural, después de todo.

Aquella casa estaba llena de gente que iría arriba abajo toda la

noche.

Pero algo la hizo ponerse en pie. Aquel ruido no había sido espontáneo, sino furtivo. Le parecía causado por alguien que tuviera interés en ocultarse.

Se calzó rápidamente, pues los zapatos era lo único que se había quitado, y se asomó a la puerta.

Fue entonces cuando lo vio otra vez.

Bolden estaba allí, quieto junto a la pared, en el nacimiento de las escaleras. Llevaba la misma gabardina clara y tenía los ojos muy fijos y quietos, como antes.

Lo vio gracias a la luz de un relámpago, ya que de lo contrario, no hubiera podido distinguirlo.

Stella murmuró:

—Bolden...

Al extinguirse la luz de las nubes, se extinguió también la figura del hombre.

Stella se acercó. Oía su respiración quieta y ansiosa al otro lado de las sombras, junto a la pared.

Y se detuvo a menos de un paso de distancia.

—Bolden..., ¿por qué se fue antes?

—No me fui. Estaba por la casa.

—¿Es que se oculta?

—No.

—Hablé de usted al director. Dice que no le conoce.

—¿Y por qué había de conocerme?

—Es cierto. No hay motivo.

—He decidido pasar la noche aquí porque no sé adónde ir con este tiempo. Pero todo está lleno de gente extraña.

—Están rodando una película.

—Ah.

—Oiga, Bolden.

Él no contestó.

—Bolden.

Silencio otra vez. La muchacha tendió las manos y palpó la pared en el sitio donde unos segundos antes se hallaba el hombre.

Pero ahora no vio ni tocó nada.

¡Bolden había desaparecido! ¡Acababa de esfumarse otra vez!

Stella sintió una brusca crispación en su garganta. Estuvo a

punto de gritar. La sensación de pesadilla, de la que casi había conseguido liberarse, volvió bruscamente a ella.

Amedrentada, volvió al improvisado dormitorio que compartía con Mirna Key. Allí, al menos, había luz. Allí podría sentirse segura si cerraba la puerta.

Cada vez estaba más arrepentida de no haberse hecho acompañar hasta Foix, y hasta pensó seriamente en ir a pie al bar que estaba abierto toda la noche.

Un nuevo relámpago iluminó la gran sala. Y entonces vio que, en efecto, Bolden no estaba allí.

Pero también vio algo más.

La puerta que daba al sótano, aquella puerta que ella conocía bien, oscilaba levemente.

Era como si alguien acabara de pasar por ella. Como si la hubieran empujado.

Y en el fondo, reflejada en las paredes de piedra, parecía verse brillar una lucecita.

Stella apretó las mandíbulas y procuró armarse de valor. Sabía que no viviría mientras no averiguase qué era aquello. Mientras no supiese el origen de aquel movimiento y de aquella extraña luz.

Atravesó aquella puerta.

Fue descendiendo poco a poco, apoyándose en las paredes.

La luz se hacía más clara, más concreta. Procedía sin duda del lugar más bajo del sótano, del sitio donde antes había visto el ataúd que tanto la asustó.

En efecto, sus pensamientos se confirmaron.

El ataúd estaba allí, como antes. Y, como antes, había una figura yacente en él.

La figura de Mirna Key.

Se acercó, esta vez decidida a que no le gastasen más bromas. Todo aquello era estúpido. Si creían que se podía jugar con ella, les demostraría que estaban equivocados. Éstos eran los pensamientos de Stella.

Cuanto más se acercaba a aquella figura yacente, más se nublaban sus ojos.

Pensó que no podía ser, que estaba soñando otra vez.

Pero para ella no cabía la menor duda: Mirna Key estaba muerta.

Su palidez era espantosa, y aquello no podía ser debido al maquillaje. Pero antes ¿no había tenido la misma sensación? ¿Y no se había equivocado rotundamente?

Entrecerró los ojos.

Sí, tenía que ser una broma macabra.

Pero no les serviría esta vez. Estaba harta de películas y de personajes que existían y luego dejaban de existir. Desclavó la larga aguja, terminada en dos bonitas perlas, que adornaba su vestido.

Imaginando ya el grito que Mirna lanzaría, se la clavó bruscamente en el dorso de una de las manos. Stella sabía por experiencia que esa clase de dolor es casi insoportable y que Mirna, por muy bien que fingiera, no lograría disimularlo. Pero la aguja se hundió en los músculos sin que hicieran el menor movimiento, sin que tuviesen al menos una crispación puramente automática.

Eso sólo podía significar una cosa.

¡Mirna Key estaba muerta!

¡La habían asesinado!

CAPÍTULO VII

Corrió, corrió como una loca, sin darse cuenta de lo que ocurría. Las paredes llenas de sombras zigzagueaban antes sus ojos. Los peldaños parecían haberse hecho altos, casi insalvables.

Tropezó dos veces con ellos y a la segunda cayó de bruces. Notó que de sus labios se desprendía un delgado hilillo de sangre. Sentía unos angustiosos deseos de gritar, pero hasta eso le faltaban fuerzas.

Llegó a la planta superior.

No sabía bien ni dónde estaba. Miró como alucinada entorno suyo y dio un par de pasos más.

De pronto tropezó con alguien.

Un pecho amplio se puso al alcance de su cuerpo.

Unos brazos fuertes la rodearon.

Vaciló.

Pudo darse cuenta, confusamente, de que se trataba de Sorensen.

—¿Pero es usted otra vez? ¿Qué le pasa?

Volvía a mirarla como a una loca, y eso Stella no podía resistirlo.

—Allí, en el sótano.

—¿Qué pasa en el sótano?

—Mirna Key.

—Mirna Key ha estado hablando conmigo hace un momento — aclaró.

—Ahora está allí.

—¿En el sótano?

—Ssss, sí. Por favor, acompáñeme.

Sorensen se encogió de hombros, pero al menos accedió. Stella adivinaba lo que estaba pensando: «Me ha tocado el primer premio de la lotería. ¡Menuda lata! ¡No me va a dejar vivir!».

Pero al menos la acompañaba. Quizá con el deseo de hacerla

callar de una vez.

Stella estaba temblando. No quería creer que otra vez hubiera sufrido una alucinación, y que encontraran el ataúd vacío.

Pero esta vez no ocurrió así. Ahora, en cierto modo, las cosas fueron lógicas. El ataúd estaba tal como ella lo había visto, con la figura de Mirna Key en su interior.

Sorensen barbotó:

—¿Qué clase de comedia es ésta?

—No es una comedia.

—¿Está segura?

Le tendió la aguja.

—Pínchela.

Él debió pensar, como había pensado Stella antes, que puestos a bromear, más valía hacerlo en serio. De modo que tomó la aguja y pinchó con ella en una de las manos de Mirna como había hecho la muchacha. Pero tampoco se produjo ninguna reacción, tampoco movió ningún músculo.

Sorensen palideció mortalmente.

Con una voz que era apenas un susurro inaudible, balbuceó:

—No puede ser.

—Usted mismo lo ve. Está muerta.

—Ha hablado conmigo hace unos minutos. Me traía unas cuartillas con unas reformas en los diálogos de la película.

—Cierto, yo misma he visto cómo lo hacía. Pero ahora no hay duda de que la han asesinado.

Edmund Sorensen apretó los puños y se oyó el crujir de sus nudillos.

De pronto, se transformó en una especie de ciclón, en un torbellino de actividad. Miró debajo del túmulo, cosa que era elemental por si allí se había ocultado alguien. Abrió luego otras puertas que daban al sótano, ya que era posible que el asesino estuviera tras alguna de ellas. Al fin, al no encontrar nada, se dirigió de nuevo hacia el ataúd.

Levantó con cuidado a la muerta.

—Mire —balbució.

Stella se inclinó para ver.

La mano de Sorensen se había manchado de sangre. En la espalda de Mirna Key, a la altura del corazón había una estrecha y

profunda cuchillada. La muerte debió haber sido instantánea, pues pocos conocimientos de anatomía hacían falta para comprender que la hoja habría llegado enseguida hasta el miocardio.

Sorensen la dejó caer. El cuerpo produjo un ruido sordo al chocar contra la madera del ataúd.

—La vi también antes —musitó Stella—. Juro que la vi antes, cuando usted me encontró.

—Pero entonces no estaba muerta.

—No, aunque lo parecía.

Sorensen hundió la cabeza.

—Tal vez sea culpa mía —dijo—. Mirna Key estaba obsesionada con ser algo más que una empleada administrativa, con llegar a ser actriz ella también. Por el momento, tengo contrato para filmar esta película de terror y dos más, de modo que necesito actores especializados. Mirna había hecho algunas pruebas, pero sin éxito. Muchas veces, incluso, se caracterizaba.

—Y tal vez quiso que usted la viera así —murmuró Stella—. Que se convenciera de que ella también podía conseguir efectos dramáticos. Era como una prueba espontánea ¿no? Pero alguien acabó con ella. Además ahora no está caracterizada.

—Es cierto, no lo está.

Stella hizo una pregunta inútil, pero que en aquel momento pareció lógica.

—¿Qué hacemos ahora?

—¿Qué podremos hacer? Avisar a la policía.

—Aquí no hay teléfono.

—Debe haber uno en las cercanías.

—Sí —dijo—, en un bar llamado La Chapelle, entre este lugar y Foix. Creo que está abierto toda la noche.

—De acuerdo. Iré a llamar.

Stella le aferró con fuerza el brazo, estremecida por una secreta angustia.

—Déjeme ir con usted —musitó—. No resistiría el quedarme sola aquí otra vez.

—Entonces, hágame un favor. ¿Quiere usted ir, Stella? Le proporcionaré un coche. Yo he de permanecer aquí para explicar a los demás lo que ocurre y para que no se extienda el pánico. Será terrible si todo esto se descubre y yo no estoy en la casa. Avise a la

policía y diga lo que ha ocurrido.

Vendrá enseguida.

—De acuerdo, lo haré.

—Venga conmigo.

La llevó al exterior, donde seguían brillando las luces de las *roulottes*. La lluvia, que al parecer iba y venía, se había calmado otra vez. La tomó de un brazo orientándola a través de las sombras.

—Por aquí.

Se veían varios coches estacionados a una treintena de yardas de la casa. Eran de diversos modelos, pero en su mayoría baqueteados y viejos. El único nuevo era un DS 21, y fue ése el que le indicó.

—¿Sabrá conducirlo?

—Supongo que sí.

—Es de embrague automático. Al principio le sorprenderá, pero se acostumbrará enseguida.

Resulta muy seguro, si bien al principio no debe darle demasiado gas. Tiene nervio.

—Comprendo.

—Entonces, suerte, Stella.

Se sentó ante el volante e hizo girar la llave de contacto. El motor sonó como el corazón de un animal joven y ansioso.

Salió a la carretera. Acostumbrada a los coches pequeños, el que ahora llevaba le parecía un mastodonte. Pero resultaba suave de conducir y se pegaba a las curvas gracias a su excepcional suspensión. Le pareció que en un momento llegaba a la cantina donde había estado antes. Pero ahora no había luces; el menor resquicio de vida. Estaba cerrada.

Se acercó a la puerta y la golpeó con el puño. No la oyó nadie, o al menos nadie contestó. Estuvo tentada de atronar aquello con el claxon, pero al fin Stella se dijo que estaba a poca distancia de Foix y que más valía llegar hasta allí para contárselo todo a Nevers. Volvió a subir al DS 21 y se alejó a buena velocidad.

Diríase que ahora la lluvia no iba a volver nunca. El cielo estaba sereno más allá de las colinas.

También llegó a Foix en un tiempo que le pareció muy corto. La vieja ciudad tan ligada a la historia de Navarra, dormía a la sombra de su castillo. Las calles estrechas y provincianas estaban silenciosas. En las persianas cerradas se concentraban las sombras

de la noche.

Preguntó al portero de una fábrica la dirección de la comisaría y llegó hasta ella. Nevers hizo un gesto de asombro al verla.

—¿Qué le pasa ahora, señorita Brassens?

—Necesito hablar con usted.

—Bien, hágalo.

—Han matado a una mujer.

Él arqueó una ceja. Stella no estuvo segura en el primer momento de si la creía o no. Aguardó expectante la reacción de Nevers, que al fin se encogió de hombros.

—¿La ha visto usted misma?

—Sí.

—De acuerdo, entonces, iremos. ¿Qué coche ha traído?

—El del director.

—Vaya delante. Yo la seguiré en su coche. —Se volvió hacia un gendarme que dormitaba.

—Michel.

—Diga, inspector.

—Si ocurre algo, estoy en casa de los Verneil.

—Bien.

Salieron, conduciendo cada uno un coche distinto. No habían vuelto a intercambiarse una palabra desde que salieron de la comisaría, y por supuesto, no volvieron a hablar hasta llegar a la casa.

Descendió la muchacha primero. Había ahora bastante animación en tono a las *roulottes*. Sin duda se había conocido la noticia y todo el mundo estaba despierto y ansioso. Stella se asombró al comprobar la gran cantidad de gente que intervenía en el rodaje de aquella película.

Nevers se apeó también, dirigiéndose hacia ella.

—¿Con quién la encontró?

—Con Edmund Sorensen, el director.

—Búsquele.

No hizo falta, porque Sorensen apareció enseguida. Se le notaba preocupado y hasta un poco furioso. Hizo al inspector una seña para que le siguiera.

—Por allí.

Descendieron en silencio al sótano. Ahora había vuelto el fluido

eléctrico y había bombillas encendidas por todos los rincones de la casa. Algunos focos, con su tenue luz, contribuían a dar al ambiente un tono espectral. Figuras que parecían furtivas se movían de un lado para otro.

Nevers miró el ataúd y el cadáver que contenía. Arrugó la nariz y luego hizo unas comprobaciones, pero sin tocar el cuerpo. Preguntó si lo había tocado alguno ellos.

—Yo —reconoció Sorensen.

—¿Qué hizo?

—La levanté para verle la herida en la espalda. Quise convencerme de que estaba muerta.

—Claro, es lógico —crujió los nudillos—. Bueno, ahora no lo tocará nadie más, hasta que lleguen los fotógrafos y forenses. Quisiera también conocer otros detalles, señor Sorensen.

—Lo comprendo. Pregunte lo que quiera.

—Según parece, fue Stella quien la descubrió.

—En efecto.

Nevers miró a la muchacha.

—Por favor, cuéntemelo todo. Sin omitir un detalle ¿eh? Tal como sucedió, paso a paso.

Stella lo hizo. Procuró no olvidar ninguna circunstancia, por mínima que fuese. Al terminar su relato, las facciones de Sorensen habían palidecido, pero más aún las del inspector Nevers.

—No lo comprendo —balbució.

—¿Hay dinero aquí?

—Ninguno. La idea de que hayan podido robar es absurda.

—¿Secretos industriales? ¿Por ejemplo un nuevo sistema de filmación? ¿Un método de color que se ensaye ahora por primera vez?

—Sé que los secretos industriales se pagan ahora tanto como los militares, inspector —dijo Sorensen—, pero tampoco va por ahí. Nuestra película es vulgar. La estamos rodando con el dinero de un productor tacaño. Eso quiere decir que no hay ningún procedimiento nuevo, nada que se salga de lo corriente.

Nevers asintió.

Parecía más desorientado cada vez y se estaba aferrando a la rutina, que el arma de los policías cuando no saben hacia dónde ir. Pero la rutina no era sólo una salida momentánea. También da

buenos resultados muchas veces y no podía descuidarla.

—¿Cuántas personas tiene aquí?

—Cincuenta. Bueno, cuarenta y nueve. Contaba también a Mirna.

—¿El equipo técnico está completo?

—Desde luego. Los actores en sí son muy pocos.

—Procure reunirlos a todos en el interior de la casa. Los cuarenta y nueve ¿entiende? Sin excusa.

Que se acomoden como quieran, pero sin salir al exterior. Yo he venido solo porque tampoco acababa de creer esto, pero veo que me he equivocado. Ahora necesitaré a alguien que me ayude.

Los interrogatorios pueden durar veinticuatro horas.

Sorensen se apretó las sienes.

—Dios mío, y ya vamos atrasados. Esto es una auténtica catástrofe.

—Olvide ahora el trabajo, ¿estamos?

—¡Qué remedio!

Sorensen salió. Stella le oyó hablar con los empleados y los actores en voz alta. Luego volvió a aparecer mientras la casa se llenaba de ruidos en todas las habitaciones.

—Nadie saldrá de aquí, inspector.

—Gracias, le hago responsable de ello. Por cierto, supongo que funcionará el teléfono.

—No.

—En ese caso iré hasta La Chapelle y despertaré quien sea. Puedo estar media hora ausente, supongo.

Sorensen se encogió de hombros. Luego el inspector salió rápidamente, a largas zancadas.

Stella y el hombre permanecieron en silencio largo rato. Tan abstraídos en sus pensamientos, no parecían darse cuenta de que estaban junto a la muerta. Al fin Stella balbució:

—No puedo más.

—Lo comprendo. Vamos.

Ascendieron las escaleras. Mientras lo hacían, la muchacha tuvo como una crispación. Sujetó de repente una de las mangas del hombre.

—Edmund.

—¿Qué hay, Stella?

—He recordado algo. Algo terrible.

—Entonces, dígamelo.

—Yo sé quién lo ha hecho.

Sorensen se detuvo también, mientras sus pupilas brillaban. La miró con ansiedad, sujetándola por ambos brazos.

—¿Quién? —balbució—. ¿Quién?

—Bolden.

Él hizo un gesto de desaliento, dejando caer los brazos a lo largo del cuerpo.

—Otra vez ese nombre. ¿No lo ha pronunciado bastantes veces?

—Sí, pero.

—¿Lo vio?

—¡Lo vi! ¡Claro que sí! ¡Lo vi con mis propios ojos, se lo juro! ¡Y hablé con él! ¡Estaba en una pared de las que dan a la escalera, junto a la puerta del sótano!

Edmund Sorensen volvió a sujetarla por los brazos. La miró fijamente al fondo de los ojos y susurró:

—Stella, ¿se da cuenta de una cosa? ¿Se da cuenta de que a Bolden no lo ha visto nadie más que usted?

Stella sintió como un mazazo en el cráneo. Echó la cabeza atrás violentamente.

Se daba cuenta de lo que aquello significaba. Sabía que la estaban llamando visionaria.

—Lo he visto —repitió.

—Será mejor que lo olvide, Stella.

—No podré. Cuando una cosa es cierta, es cierta.

Él cambió de actitud. Sonrió y le dio un suave cachete en la mejilla izquierda.

—Descanse. Eso es lo que más le conviene: descansar.

—¡No quiero que me trate como a una niña!

—No la trato como a una niña. Sólo intento evitarle una crisis de nervios. Yo mismo estoy a punto de tenerla, no crea. Aguarde, le destinaré una habitación donde pueda estar acompañada.

La llevó al piso superior, donde también había gente por todas partes. El ambiente de la casa había cambiado y era, desde luego, mucho menos siniestro. Un par de muchachas sumariamente vestidas descansaban sobre colchonetas neumáticas. Un hombre con mono azul, quieto frente a ambas, parecía esperar a que una

importante pieza de ropa, que estaba muy mal abrochada, se le cayese a una de ellas.

Sorensen murmuró:

—Aquí estará bien. Estas señoritas son actrices. En la película tienen un papel secundario, pero llegarán lejos.

Una de ellas sonrió.

—No hace falta que nos anime. Lo que queremos es que el productor nos pague lo que nos debe.

—Yo creo que a Mirna la ha matado él —murmuró la otra.

—Claro, para que no reclame los atrasos.

Rieron de una manera amarga, un poco macabra. Stella se apoyó en una pared y respiró fatigosamente. Todo el cuerpo le hacía daño. Vio que Sorensen se había ido y entonces cerró los ojos.

Los rumores iban disminuyendo. Pasada la primera oleada de excitación, la gente hacía ahora comentarios en voz baja. El hombre del mono azul tendió un cigarrillo a Stella.

—¿Usted la descubrió?

—Sí.

—Entonces fume. Le hará bien. Lo que siento es no tener una botella de licor.

—No lo necesito, gracias.

El cigarrillo, en efecto, calmó un poco sus nervios. Luego comprendió que, de todos modos, no podría estarse quieta allí. Salió al pasillo y vio una habitación iluminada cuya puerta se cerraba bruscamente, como si el que estaba dentro hubiese querido ocultar algo.

Pero puerta, demasiado vieja, rebotó en el marco. No quedó cerrada del todo; por el contrario, había en ella un resquicio que permitía ver el interior.

Stella se acercó. Su voluntad casi no intervenía en ello; parecía empujarla una fuerza lejana.

Miró en silencio.

Era la habitación de Sorensen. Vio que éste guardaba presurosamente algo debajo de una cama provisional, instalada de cualquier manera.

Lo que guardaba era una prenda de color claro. Una gabardina que ella conoció perfectamente.

Era una gabardina que ella había visto dos veces ya.

La misma que poco antes llevaba Bolden.

CAPÍTULO VIII

Stella quedó paralizada.

Mil pensamientos se atropellaron en su cráneo, mientras sentía que su respiración se hacía lenta y casi angustiosa. Se negaba a creer lo que había visto con sus propios ojos.

¿No le dijo el propio Sorensen que él no conocía a ningún hombre llamado Bolden? ¿Que aquello debía ser una alucinación y que ella había creído ver a un hombre que no existía?

Ahora se dio cuenta de que existía realmente, y de que Sorensen, por alguna razón, era su cómplice.

Quiso saber lo que él le explicaba. Y llamó discretamente con los nudillos, como si acabara de llegar.

Sorensen invitó:

—Adelante.

Ella entró y le miró fijamente.

—Hola, Stella. ¿Qué ocurre?

Parecía tan tranquilo, como si no hubiera ocurrido nada. Pero ahora Stella sabía que aquel hombre había estado engañando a todos, que había algo secreto en su vida, algo que quizá estaba relacionado con el asesinato de Mirna Key.

—¿No te sientes ya más tranquila? —preguntó Edmund, tratándola con entera confianza.

—No.

—¿Por qué?

Ella iba a decir: «Quiero que me expliques por qué has ocultado eso bajo la cama. Quiero que me cuentes que Bolden existe y que yo no soy una visionaria. Pero antes de que pronunciara una sola de aquellas palabras, se oyó en el exterior una voz:

—¡Quiero que venga el jefe de todos ustedes!

¿Eh? ¿Dicen que no hay que molestarle? ¿Y por qué no? ¡Caramba, esto está lleno de chicas bonitas!

Sorensen salió a la puerta. La tensión entre los dos había quedado bruscamente cortada.

—¿Qué pasa?

Stella, que había salido con él, vio también lo que ocurría. El recién llegado hablaba con un fuerte acento de la región y vestía ropas sencillas, propias para andar por el campo. La muchacha tardó en reconocerle, pero al fin se dio cuenta de que ya lo había visto una vez.

Era Pierre, uno de los que estaban en el bar de La Chapelle. Miraba maliciosamente en torno suyo y, al distinguir a Stella, le clavó enseguida los ojos en las rodillas. Porque si Stella no llegaba a llevar minifalda, poco le faltaba.

Sorensen murmuró:

—¿Quién es usted?

—Soy uno de los ciudadanos más antiguos de la comarca, y miembro del Concejo Municipal.

Vivo a unos kilómetros de aquí.

—Muy bien. ¿Y qué quiere?

—Me envía el inspector Nevers. Lo he encontrado cuando salía disparado.

—¿Le envía? ¿Para qué?

Pierre rió maliciosamente.

—Sólo para que le eche un vistazo a todo esto. Yo conozco a todo el mundo, ¿sabe? Todos los de la región y todos los que han estado alguna vez en ella. Al inspector se le ha metido entre ceja y ceja que todo esto no es una casualidad, que alguien de la comarca anda metido en el mejunje. Y por eso quiere que yo vea las caras, que recuerde cosas, si puede ser.

Sorensen inclinó la cabeza.

—Bueno, por mí no hay inconveniente.

—Procuraré no molestar.

—No se preocupe; mientras no desconecte un cable o rompa una cámara, lo demás puede hacerlo todo.

—¿Incluso pellizcar a las artistas?

—Si ellas se dejan, ¿por qué no? Pero temo que acabaría perdiendo la cosecha de este año y del que viene, amigo.

Y regresó a su habitación.

Stella le miró unos momentos, aturdida, sin saber exactamente

qué hacer.

Hubiese querido ir tras el director y preguntarle por aquella prenda que ella le había visto ocultar, pero ahora había mucha gente ya cerca de ellos.

Los ojos de Pierre, sobre todo, la miraban haciendo guiños y no se apartaban de sus rodillas.

Stella inspiró aire profundamente y se dijo que obraría con más inteligencia, haciendo otra cosa.

Le vigilaría atentamente; controlaría todos sus actos, sabiendo que él no decía la verdad.

Mejor era que Sorensen actuara confiadamente, sin saber que le vigilaban, y así cometería alguna imprudencia.

Pierre paseó su mirada por todos los que estaban en el pasillo, abandonando por unos momentos la contemplación de las bonitas rodillas de Stella. Pero si lo hizo, fue para fijarse en algunas otras cosas igualmente agradables, como por ejemplo el escote de una de las extras.

—¿Qué película ruedan aquí? ¿Una revista?

—No, una película de terror.

—Ah, vaya. ¿Pero la gente aún se asusta en el cine? ¿Y cómo se llama, si puede saberse?

—La hija del vampiro.

Pierre hizo un gesto extraño. Por unos momentos pareció sorprendido.

Y al fin murmuró, encogiéndose de hombros:

—Es extraño.

—¿Extraño por qué?

—¿No lo sabían?

—¿Y qué es lo que hemos de saber?

—Hace tiempo, aquí, también tuvimos un vampiro.

Hubo como un estremecimiento en la mayor parte de los que se encontraban allí, un estremecimiento que se hizo más notable en los hombros de Stella.

Pierre continuó:

—Bueno, no lo sabemos si lo era. Pero tenía fama. Ya saben lo que son esas cosas.

Uno de los cámaras dio una lenta palmada en la pared.

—No, no lo sabemos.

—Porque no han vivido nunca en una comarca donde todo el mundo se conoce. Cuando uno adquiere aquí cierta fama, es muy difícil que se la quite de encima. Pero estábamos seguros de contar entre nosotros con un vampiro, ésa es la verdad. Murieron dos muchachas y la gente lo atribuyó a un espíritu maligno, a algo diabólico.

Luego los miró a todos uno a uno, como recreándose con su sorpresa. Y dejando caer las palabras poco a poco, añadió:

—Pero hay algo más, ¿no saben? El vampiro sigue aquí.

Pareció como si se hubiera abierto una puerta de improviso y el aire gélido del exterior llegara hasta allí, hasta el pasillo donde se encontraban ahora. Todos los ojos se habían clavado en Pierre, que seguía mirándolos socarronamente, divirtiéndose con su sorpresa y hasta con su incipiente temor.

Introdujo las manos en los bolsillos de su grueso pantalón y murmuró:

—No me creen, ¿verdad?

—A la gente del campo es muy difícil de creer —dijo el cámara—. Gastan más bromas de las que uno piensa. Todos ustedes tienen mucha malicia. Quizá se está riendo de nosotros para contarlos luego en el café.

—No, no me río.

—¿Insiste en que el vampiro sigue aquí?

—Ajá.

—¿Y cuántos años hará que estuvo en este lugar?

—Unos dieciséis o dieciocho.

—A pesar de lo cual, no se ha ido.

—No.

Las respuestas de Pierre eran rápidas y seguía dando la impresión de que estaba gastando una broma. Pero de pronto, su rostro se ensombreció, mientras añadía:

—Sigue aquí, aunque no diré que en esta casa. Está por la comarca, ¿saben? Muerto, naturalmente.

Stella dijo con un soplo de voz:

—Los vampiros no mueren nunca.

—Sí, sí que mueren. Cuando les clavan una estaca en el corazón, por ejemplo. Entonces se quedan tiesos para siempre en sus ataúdes. Yo no sé si con el nuestro ocurrió esto, pero lo cierto es que un buen

día desapareció. Y la gente dice que se había quedado por aquí y que seguía viéndonos.

Todos se miraron un poco asustados. En otras circunstancias hubieran tomado aquello a risa, pero ahora no podían. Después de que una de sus compañeras hubiera muerto, el tomarse aquello a chacota estaba de más. Pero la que estaba sufriendo de verdad era Stella. El estremecimiento que recorrió su cuerpo fue notable para todos los que estaban junto a ella.

—¿Tiene miedo?

—Sólo estoy... sorprendida.

—Olvídese de todo eso. ¿Quiere un consejo? No haga demasiado caso a los hombres de los pueblos, a pesar de que yo sea uno de ellos. Nos divertimos dando vueltas a las historias, ¿comprende? Una cosa sencilla la transformamos, al cabo de unos años, en una cosa complicada.

Pero es lo que digo: hay que distraerse de algún modo. Aquí no tenemos cine ni chicas bonitas.

Consecuencia: si hace años vivió aquí un tipo raro, lo transformamos en un vampiro. Y si resulta que murió, nosotros decimos que aún vive.

Una de las chicas se rió.

—No le falta sentido común, Pierre.

—No, eso no le falta —dijo una voz desde la puerta cercana—. Creo que el inspector ha hecho bien en confiar en usted.

Sorensen había salido de su habitación. La muchacha tuvo un estremecimiento al verle, porque ahora, sin saber por qué, la cara de aquel hombre le sugería una idea de peligro.

—Mi misión, ya se lo he dicho, es muy sencilla —explicó el campesino—. Se trata de comprobar si merodea por aquí alguien que no me guste. Ya saben que conozco a todo el mundo.

Sorensen se acercó a Stella y la sujetó levemente por un brazo. Ella hizo esfuerzos para dominar un estremecimiento.

—¿Qué tal te sientes ahora?

—Pues..., muy bien.

—Voy a dar un paseo —dijo Sorensen—. No puedo tolerar más tiempo este encierro. ¿Me acompañas?

—¿Por qué no?

Había decidido no tener miedo y obrar con naturalidad. Salieron

al exterior, mientras Pierre parecía mostrar un gran interés en ayudar a la policía enterándose en primer lugar, de las medidas de busto que tenían las muchachas.

Los alrededores de la casa estaban solitarios. Ya no llovía y se percibía en cambio el intenso aroma de tierra húmeda, de las hojas y las flores abiertas al máximo para recibir la caricia del agua.

Stella inspiró profundamente, mientras miraba el cielo negro sobre sus cabezas.

—¿Cuándo amanecerá? —preguntó.

—En esta época del año, bastante tarde. ¿Por qué lo preguntas?

—Tengo la sensación de que en cuanto amanezca terminarán todos los peligros.

—Eres como las niñas, tienes miedo a la oscuridad.

—No. Es que. Bueno, no sabría explicarlo.

—Quizá es porque después del amanecer ya no salen los vampiros.

Las manos de Stella temblaron.

—No hables de eso.

—¿Por qué no? ¿Tú has dado crédito a la historia de ese hombre?

—Ya no sé qué creer.

—Es una leyenda estúpida. Todas las pequeñas comarcas tienen la suya. Aquí necesitaban un vampiro para distraerse en las veladas de invierno. Y lo consiguieron, claro.

—No se trata sólo de eso. Es que... la comarca tiene algo especial. Me parece siniestra.

—¿Por qué? Es hermosa.

—Desde luego, pero esos prados verdes y silenciosos, esas casas solitarias, donde parece como si nunca hubiera vivido nadie. Esos bosques donde, durante horas, una pisa montones de hojas muertas, sin encontrar a ningún ser humano.

Habían llegado a la parte posterior de la casa, una zona que la muchacha no conocía.

Un gran patio se extendía allí, y a la luz de las ventanas era fácil distinguir sus contornos. Era un patio vulgar, abandonado. Pero llamaban la atención en él las estatuas que lo adornaban.

Un par de ellas eran de cuerpo entero, de tamaño natural, y representaban a un hombre y a una mujer. Estaban separadas, como

si no tuvieran nada que ver una con la otra. Tres estatuas más representaban animales y estaban llenas de costurones y enormemente sucias.

—Los Verneil debieron tener aficiones artísticas —dijo Stella.

—Según cómo se mire —objetó Sorensen—. Porque estas estatuas son malas.

—A mí no me lo parece así. Las proporciones son perfectas, sobre todo las del hombre.

—Pero se trata de simples vaciados en yeso. No sé ni cómo se conservan tan bien. Entiendo de esas cosas porque algunas veces hemos tenido que procurarnos estatuas de yeso para las películas.

Vamos por aquí si no te importa.

Le señalaba un sendero a la derecha de la casa. Pero Stella permaneció quieta, como hipnotizada, como clavada en tierra.

—¿Qué miras?

—No sé... Es sorprendente...

—¿Sorprendente el qué?

—El efecto que producen esas estatuas bajo la noche. Parece realmente como si...

Él arqueó una ceja.

—¿Cómo qué?

—Como si vivieran.

—Cualquier cosa te impresiona, Stella. Estás alterada. Más vale que nos vayamos de aquí.

—Sí, desde luego. Será mejor.

Llegaron de nuevo a la parte delantera de la casa. Algunos extras y tramoyistas, interrumpidos antes en lo mejor de su sueño, se habían puesto a dormir otra vez. Se veía gente tendida por los rincones. Aquello no parecía el rodaje de una película, sino una escena de refugiados de guerra.

Sorensen murmuró:

—¿Conseguirías dormir si te dejara sola?

—No lo sé.

—Al menos tienes que intentarlo.

Se encontraban de nuevo en la parte posterior de la casa, a la que habían vuelto sin darse cuenta.

Tenían encima el techo de un porche desde el que se veía el patio silencioso y las estatuas. Negros nubarrones se insinuaban otra

vez en el horizonte, amenazando con nuevas descargas de lluvia.

Stella había pensado disimular, pero de repente lo dijo, olvidando todas las precauciones.

—Edmund.

—¿Qué, Stella?

—Antes he visto que...

—¿Por qué no continuas? ¿Qué has visto?

Ella iba a decirlo, cuando de pronto desvió la mirada. Se encontró con aquello.

Y entonces lanzó aquel alarido, angustioso, aquel lento alarido de horror.

CAPÍTULO IX

La cara estaba allí, a menos de media docena de pasos. Y Stella hubiese jurado que no era una cara humana.

Carcomida, deformada, atrocemente modificada por el fuego, sólo los ojos brillantes y duros seguían siendo lo que en otro tiempo fueron. El resto era como una pesadilla, como una alucinación.

Sorensen la apartó de repente.

No debía haber visto aquello aún, porque miró desorientado a todas partes. Aquella cabeza que ya no tenía apariencia humana se esfumó en la oscuridad. El director parecía desconcertado, todo lo que en Stella era temor, en él era asombro.

—¿Qué ocurre?

—Esa cara... Allí...

Varios hombres más habían aparecido de repente. Uno de ellos acudió a ayudar a Stella, que parecía a punto de caer.

—¿Es que ha visto algo?

La muchacha apenas fue capaz de decir:

—Una cara... monstruosa.

—¿Dónde?

Señaló la zona de oscuridad en que la había visto. Sorensen y otros dos hombres corrieron hacia allí.

Stella permanecía apoyada en la pared, respiraba agitadamente, mientras sus facciones iban adquiriendo un color cárdeno.

Sorensen y los otros dos volvieron casi enseguida.

—No hay nadie...

—¿Qué es lo que has visto en realidad?

—Una cara como si... Resulta difícil explicarlo. La cara de un monstruo.

—¿De qué clase?

—Como si se la hubieran abrasado.

Las facciones de Sorensen se volvieron lívidas. A pesar de la

penumbra, fue posible apreciar aquello. Inclino la cabeza y susurró:

—Estás alucinada, Stella.

—No, no era una alucinación. Lo he visto claramente, a pocos pasos de distancia. Y tampoco era una alucinación lo de Bolden, ni por supuesto lo de...

Se interrumpió porque no quería acusar a Sorensen delante de todo el mundo.

Éste la miraba fijamente.

—¿Lo de qué? Anda, continúa.

—Nada, no tiene importancia.

—Lo que necesita esta mujer es descansar —dijo de los tramoyistas—. O salir de aquí.

—¿Salir? ¿Y cómo? Ahora ya es demasiado tarde. La policía no lo permitirá hasta que haya interrogado a todo el mundo.

—Pues, al menos, que descanse. Y que, no esté ni un momento sola.

—Eso es razonable —dijo Sorensen—. Yo mismo se lo había propuesto.

Miró al tramoyista.

—Ya no sé en qué habitación estará bien —dijo—. La gente se ha distribuido por todas partes.

¿Hay algún sitio cómodo?

—Sí, en el último piso.

—Llévela allí, por favor. Y que Molly le haga compañía, que no se separe de ella en toda la noche.

—De acuerdo.

Stella se dejó llevar.

Agradecía aquella oportunidad para alejarse de Sorensen, que no le infundía confianza, y además el hecho de que alguien la acompañara hasta que amaneciese.

En el último piso había unas buhardillas con camas de hierro. Sobre una de ellas alguien había puesto un colchón hinchable, nuevo y limpio. Otro de igual clase estaba en el suelo.

El tramoyista murmuró:

—Elija.

—Este mismo. Lo pondré en la segunda cama y creo que podré dormir un rato.

—Perfecto. Voy a buscar a Molly.

—No, por favor. No me deje sola.

—Son sólo cinco minutos.

—Es que...

—Vamos, no tenga miedo. Ve fantasmas por partes.

Mientras decía esto, ya se alejaba. Stella no pudo detenerlo.

Durante interminables minutos permaneció sola, mirando cómo obsesionada las sombras cambiantes del pasillo. Le parecía oír crujidos, ruidos furtivos. Tenía la sensación de que otra vez, flotando en la penumbra iba a ver aquel horrible rostro.

Pero nada ocurrió. Al cabo de unos diez minutos aproximadamente volvió el tramoyista acompañado de Molly, que era una de las dos actrices secundarias.

Procuraba «ayudarla» a subir, pero por lo visto, a ella no le gustaba.

—¡Déjame, pesado!

Molly se tendió en una de las camas y alzó audazmente las piernas al aire.

—Estoy molida. Con los pies en alto se descansa más, ¿sabes? — Miró entonces al hombre—. ¡Eh, tú, lárgate!

El otro se largó con el rabo entre las piernas.

Molly encendió un cigarrillo, aspirando el humo voluptuosamente.

—Todos los hombres son iguales —declaró, sin mirar a Stella—. En cuanto te descuidas, ¡zas!

Como si una, por querer abrirse camino en el cine, hubiese de ser una cualquiera. Por Sorensen, que tiene veintiocho años y es guapo y fuerte aún haría un sacrificio, pero por eso. ¡Bah!

Dio otra larga chupada a su cigarrillo. Estaba nerviosa.

—No me gusta esto —murmuró.

—¿Por qué?

—Lo de Mirna Key. ¿Qué razón había para que alguien la matara? Ella era una buena chica. Sin enemigos, sin problemas. Hace unos meses se enfadó con un tío que la perseguía, y lo plantó con un palmo de narices, pero ésa no es razón para matarla, digo yo.

Stella se inclinó hacia el borde del lecho, mientras aceptaba el cigarrillo que Molly le ofrecía.

—¿Qué opinas de Sorensen? —preguntó de repente.

—¿En qué sentido? ¿En el de las mujeres? Es un muerto —acusó—. No aprovecha nada. Ya se le puede poner una a tiro que ni se da cuenta.

—No me refiero a eso.

—¿Pues a qué, chata? ¿A si tiene dinero? ¡Ni blanca!

—¿No gana bastante? Tengo entendido que es un buen director.

—Gana bastante, desde luego, pero nadie sabe lo que hace con la plata. Si la tira o qué. Hace un par de años dejó de dirigir sin dar explicaciones a nadie, y ahora ha vuelto, pero está sin un franco.

Como quien dice, a la última pregunta.

—Lo que yo trato de preguntarte es sí, si él puede haber hecho algo contra Mirna.

Molly le miró asombrada.

—¿Pero qué dices, chica? ¿Hay pocos hombres guapos en el mundo y encima van a ser unos asesinos? Ya basta con que la mitad sean unos tontos y la otra mitad unos cerdos.

—¿Sería capaz de ocultar al culpable? —insistió Stella.

—No sé a qué viene todo eso, chica. Estás muy rara ¿sabes? Me parece que tú ves fantasmas hasta en la sopa.

Stella se dejó caer en la colchoneta desalentada.

—No me hagas caso —murmuró.

La otra la miraba fijamente.

—¿Qué te pasa?

—¿Por qué?

—Te has puesto blanca...

—No me hagas caso.

Pero la verdad era que a Stella debía haberle hecho caso alguien. Necesitaba que se lo hiciesen.

Le sucedía lo que otras veces. Estaba llegando hasta ella una angustia especial, que no sabía definir. Notaba que las imágenes se nublaban ante sus ojos, que era incapaz de articular una sola palabra y que sus sienes latían horriblemente.

Molly insistió:

—Dices que no te pasa nada, ¿eh? Pero si has cambiado por completo. ¡Si no miras a ninguna parte!

No, Stella no miraba a ninguna parte. Puede decirse que, en realidad, no veía nada. Pero sí que oyó la voz alterada de Molly:

—¿Qué te pasa? ¡No te acerques a mí! ¡No me mires de esa

manera!

Para brotar al fin aquel grito breve y ronco, casi espasmódico:

—¡Me das miedo!

CAPÍTULO X

Cuando Stella empezó a recobrar de nuevo la sensación de la realidad, estaba tendida en la colchoneta. El silencio en torno suyo era absoluto, total. Sólo algo parecido a un leve susurro lo rompía, y entonces ella se dio cuenta de que estaba lloviendo otra vez. El agua, al resbalar por los cristales, era lo que producía aquel tamborileo.

Las sienes ya no le zumbaban tanto.

Sentía debilidad en las piernas, como si hubiera vuelto a cansarse. Se miró los pies.

Los zapatos de alto tacón estaban húmedos, manchados de barro. Debían haber tocado tierra mojada minutos antes. ¿Pero cómo? ¿De qué modo se los había mojado, si ella no recordaba haber salido de allí?

Se pasó una mano por los ojos.

Ya le había ocurrido aquello otras veces, aquel fenómeno absurdo e incomprensible.

Si había estado fuera unos minutos antes, no lo recordaba. Pero miró su vestido y comprobó que también estaba algo mojado. Cuando ella entró allí, no llovía, su vestido estaba seco. Por lo tanto...

La muchacha no quiso seguir pensando. Si pensaba demasiado, las sienes volvían a dolerle.

Se puso en pie y miró aturdida en torno suyo. Resultaba que ahora estaba sola en la habitación.

No se distinguía a Molly, no se la veía por ninguna parte. Se pasó la mano por los cabellos y notó que estaban algo mojados también.

—Molly... —susurró—. Molly...

Nadie le respondió.

La sensación de soledad en torno suyo era casi angustiosa.

Sin duda Sorensen había dado orden de que nadie las molestase. Por tal razón no subía nadie hasta allí, hasta las buhardillas.

¿Nadie?

¿Qué era aquel rumor angustioso que llegaba desde los peldaños? Aquel crujido siniestro, como si alguien subiera muy poco a poco...

Stella contuvo la respiración.

—Molly...

El rumor se iba acercando. El crujido en la madera de los peldaños era cada vez más intenso.

—Molly.

Tenía que ser ella. No podía ser nadie más. Era la joven actriz que volvía.

Stella se pegó a la pared.

Veía su sombra recortarse a la incierta luz de la única bombilla. Oía una especie de silbido lejano y se asombró al comprender que venía de su propia respiración.

Alguien llegó hasta el último peldaño.

Y entonces lo vio.

Vio las facciones devoradas por el fuego, los ojos diabólicos. Vio aquellas manos negras y tendidas hacia ella, aquellas manos en las que palpitaba la muerte.

A Stella le hubiera gustado tener fuerzas para huir, o al menos para gritar.

Necesitaba desesperadamente hacerlo.

Pero después de lo sucedido, después del rato en que estuvo sin conocimiento, tendida en el lecho (¿o quizá no estuvo tendida en el lecho, puesto que se había mojado?), le faltaban las fuerzas para todo, incluso para gritar.

Como si estuviera hipnotizada, contempló el avance del monstruo.

Las manos se tendían hacia ella. Aquel rostro horrible estaba a media docena de pasos.

Lo veía claramente a la luz incierta de la bombilla.

Era el de un hombre que se había abrasado, un hombre cuyos ojos eran lo único que tenía vida: una vida satánica.

Stella comprendía que iba a morir, que aquellas manos avanzaban hacia ella, pero sin embargo no podía moverse.

Ni gritar.

Las fuerzas la habían abandonado. Era como si aquello le ocurriese a otra, no a ella.

Oyó como un leve gruñido.

Los ojos del monstruo brillaban de placer al ver que ella no se defendía. Sus manos se tendieron un poco más hacia adelante.

Iban a sujetarla.

Entonces Stella reaccionó, pero fue con un movimiento impulsivo, puramente mecánico, en el que apenas intervino su voluntad.

Sus piernas brincaron. Resbaló sobre la pared, y la mano que iba a cerrarse sobre su cuello tocó solamente los ladrillos y el yeso. El gruñido se repitió, pero ahora fue furioso. La muchacha corrió alocadamente por el largo pasillo que había a la izquierda.

Aún no podía gritar.

Movía las piernas maquinalmente, huía de aquel horror, pero le faltaba el aire en los pulmones y no podía pronunciar una sola palabra.

Oyó los pasos tras ella.

El monstruo la perseguía.

La respiración caliente, ansiosa, casi llegaba hasta su nuca.

Los dedos llegaron a rozarla. Todo el cuerpo de Stella se estremeció brutalmente.

Aquella casa era enorme, parecía un laberinto. Había otro pasillo a la derecha, y hubo de tomarlo porque el que al principio siguió terminaba de repente. Oyó como un largo estertor que procedía de su propia garganta. Las rodillas se le doblaban.

Volvió la cabeza un poco y miró de soslayo hacia atrás. No debió haberlo hecho, porque su terror aumentó hasta límites inconcebibles. El monstruo estaba prácticamente sobre ella. En la izquierda llevaba un objeto brillante, una hoja de acero.

¿En la izquierda?

¿Acaso era zurdo?

Pero ese pensamiento pasó fugazmente por el cerebro de la muchacha, como pasan los pensamientos que nada nos resuelven. ¿Es que las cosas iban a ser mejores porque la matase con la izquierda? Stella se olvidó enseguida de aquello. Y buscó alocadamente una salida, algo que le permitiera huir.

El pasillo parecía largo, interminable.

Las puertas que daban a habitaciones negras se abrían a ambos lados. Amarillentas bombillas disolvían apenas las sombras, que se encadenaban unas a otras. La muchacha oía sólo su propia respiración jadeante, el ruido de sus pisadas y los gruñidos guturales del monstruo. Comprendió que nadie iba a venir en su ayuda.

¡Y no podría huir!

¡Aquel pasillo también terminaba!

Vio un leve recodo y se pegó a él.

Tuvo la suerte de que aquel recodo correspondiera a una zona oscura. Su perseguidor la perdió de vista durante unos breves segundos, los suficientes para pasar de largo. Pero unos pasos más allá se detuvo, desorientado. Miró en torno suyo con los ojos más brillantes que nunca, como una fiera que acecha.

Ahora iba a ser peor.

Stella estaba a punto de desmayarse. Sentía que sus sienes zumbaban frenéticamente otra vez.

El monstruo volvería y la encontraría allí, quieta y acorralada. Porque el recodo no tenía ninguna salida. Era como un nicho en la pared, un nicho en el que él había cometido el error de meterse.

Estaba perdida.

Sus manos se movieron entonces maquinalmente.

Había una larga tira de madera que recorría todo el ángulo de la pared, una tira de madera que los dedos de Stella palparon ansiosamente, buscando un determinado punto.

Lo oprimió.

Su cerebro estaba en este momento en blanco. La verdad era que la muchacha no pensaba absolutamente en nada.

Se oyó un crujido.

La pared en que estaba apoyada Stella giró sobre un invisible gozne, como una puerta. La muchacha sólo necesitó dejarse llevar por su propio peso para encontrarse en un recinto oscuro, que olía a cerrado y a húmedo. Luego empujó aquel lienzo de pared que había actuado exactamente como si fuera una puerta.

El recodo quedó vacío.

Sencillamente, Stella había desaparecido, parecía haberse esfumado en el aire.

El monstruo miró desorientado en torno suyo.

Ahora sus ojillos brillaban con sorpresa, con recelo.

Volvió sobre sus pasos y tanteó las paredes.

Sus manos quemadas fueron buscando por todos los rincones.

No encontró nada.

Le parecía incomprensible, pero la muchacha había sido tragada por las sombras. Estaba seguro de que no pudo volver atrás, porque él le cerraba el camino. Tampoco había podido salir del pasillo, que quedaba cortado por una sólida pared.

Poco a poco el monstruo retrocedió. Sus ojos brillaban furiosos.

Y el pasillo volvió a quedar vacío, silencioso como antes, como si durante mucho tiempo ningún ser humano hubiera pasado por él.

CAPÍTULO XI

Stella tanteó las paredes.

Se movía con una extraña seguridad, como si conociera aquello, pese a que no hacía ningún esfuerzo para pensar ni para orientarse. Su cerebro seguía estando absolutamente en blanco.

Aquel pequeño recinto que olía a cerrado no tenía luces. Pero a la izquierda de la muchacha había otro pequeño relieve de madera que ella palpó, oprimiendo uno de sus rebordes.

Otro lienzo de pared giró en silencio sobre sí mismo. Stella vio cómo un resquicio de luz lechosa. Se encontró en la parte más alta de la casa, en un tejado protegido en un techo muy sencillo, como el de un cobertizo. Desde allí se distinguía el patio posterior, en el que estaban las estatuas de yeso.

A pesar de la oscuridad de la noche, sus relieves se insinuaban. Parecían seres vivos que estuvieran allí, acechando.

Stella dejó aquel tejado.

Unas escaleras de ladrillo, pero ya muy ruinosas, descendían a la planta inmediatamente inferior.

Daba la sensación de que aquello se derrumbaría de un momento a otro. La pared no debía haber sido pintada en muchos años, porque había en ella raspaduras y pequeños dibujos.

Siguió descendiendo.

Momentos después se encontraba en otro pasillo en el que había puertas con luces. Se oía el murmullo de algunas conversaciones. Bastantes personas debían encontrarse reunidas allí, matando las horas o intentando conciliar el sueño.

Debía reconocer que aquello no daba ningún miedo en absoluto.

Parecía imposible que pocos minutos antes, muy cerca de allí, hubiera pasado aquel ser monstruoso que semejaba el producto de una pesadilla.

Stella siguió avanzando.

Nadie la vio.

Su cerebro estaba aún en blanco. Los brazos le caían a lo largo del cuerpo, y sus pasos eran cansinos y lentos. Daba la sensación de que tenía menos fuerza cada vez.

Ascendió por unos peldaños de madera que había tras otra puerta. Eran unos peldaños en los que hasta entonces nadie se había fijado, por la sencilla razón de que aquella puerta parecía ser la de un armario, no la que daba acceso a una escalera. Y hasta entonces nadie se había preocupado de abrirla.

Stella subió los peldaños.

Parecía hacerlo mecánicamente, como si la impulsara una fuerza que no procedía de ella misma.

La madera crujía.

Pero estaba sola y nadie oyó aquel sonido. Y así llegó Stella hasta otro sector de la planta alta, donde se apilaban cachivaches, muebles viejos y montañas de libros y revistas que durante años y años nadie se había preocupado de leer.

Susurró:

—Molly...

Sí, Molly estaba allí.

Quieta, espantosamente quieta.

Derribada de bruces sobre un sillón que se había medio vencido a causa de su peso.

Con los ojos clavados en el infinito. Para siempre clavados en el infinito.

CAPÍTULO XII

El tramoyista que antes había acompañado a Stella hasta la habitación de la parte alta, dejándola con Molly, extrajo un paquete de «Gigantes» y se lo puso en la boca. Iba a prenderle fuego cuando de pronto quedó quieto, casi asombrado, dejando que el fósforo se fuera quemando entre sus dedos.

Aquellos zapatos manchados de barro... Sí, los zapatos no valían gran cosa, tal como estaban ahora. Pero aquellas piernas. ¡Diablos, aquellas piernas sí que valían!

La llamita quemó sus dedos. Tuvo que lanzarla.

Y entonces pareció despertar.

—¿Qué hace usted aquí? —Gruñó—. Creí que estaba arriba.

Stella no contestó.

Le miraba fijamente, como hipnotizada.

—¿Qué ocurre?

—Nada.

—Diablos, pies parece como si.

—No me ocurre nada.

—Bueno, bueno, no se enfade. Era sólo una impresión mía. Se ha cansado de estar arriba ¿eh?

—Sí.

—¿Y Molly? ¿Qué hace Molly?

—No lo sé.

—¿Sigue arriba?

—No lo sé.

El tramoyista río.

—No está usted para dar muchas explicaciones esta noche, que digamos. Claro que también es natural. ¡Menuda nochedita! ¿Por qué no se sienta? Al menos me hará compañía.

La indicaba una silla de lona como la que se usan en los rodajes. Ésta tenía nada menos que la inscripción de *Directeur*.

Ella no se sentó, pero no se negó a sentarse tampoco. Continuaba allí quieta, como hipnotizada.

En aquel momento entró Pierre, quien aún llevaba entre los labios aquel toscano tremebundo. Era uno de esos cigarros que no se acaba nunca.

—Hum —gruñó—. Usted aquí. No hay quien le haga descansar. Stella no contestó.

—Usted necesita un trago —murmuró Pierre—. ¡Vaya si lo necesita! Le recomiendo un *trou normand*.

—¿Qué es eso?

—Alcohol puro, hija mía. Le pone a uno el estómago que... ¡zas! No hay término medio. A unos los mata, pero a otros les abre el apetito.

—No tengo ganas de beber, y menos eso —dijo Stella sombríamente.

—Pues yo echaría un trago... La verdad, ya me estoy arrepintiendo de haberle dicho que sí al inspector Nevers. Todo esto me carga. Y es peligroso.

El tramoyista le miró con curiosidad.

—¿Peligroso por qué?

—¿Han cazado al asesino de esa chica? No, ¿verdad? ¿Y no puede repetir el golpe?

—Claro...

—Además, esta casa nunca me ha gustado.

—¿Por qué? ¿Por lo del vampiro que explicó antes?

—Ésa es una de las razones. Dicen que el vampiro aún está aquí.

—Tonterías.

—Yo mismo lo he dicho antes —manifestó Pierre, masticando la punta del cigarro—. Sí, son tonterías. Cosas de los aldeanos para contárselas unos a otros e ir tirando. Pero en todo lo que se dice por estos contornos, hay algo de verdad.

El tramoyista rió.

—Si hubo un vampiro cometería algún crimen ¿no?

—Y tanto.

—¿A quién mató?

—A la hija de Verneil.

—¿El dueño de esta casa?

—Ajá.

—¿Pero lo hizo el vampiro realmente?

—Eso no se sabrá nunca. Se dice, se habla... ¿y qué? El tiempo pasa para todos. Las verdades y las mentiras pierden importancia y terminan por extinguirse. ¿Quién sería capaz de decir el que mintió y el que no lo hizo?

Arrojó su cigarro al fin, permitiendo que los otros, en especial Stella, respiraran con calma.

—Pero si Verneil era el dueño de esta casa y él no era el vampiro, ¿por qué le llaman la casa del vampiro? ¿Puede saberse?

—Claro... Porque el presunto vampiro era un tipo a quien él se la arrendó durante algunos años.

Un tipo muy extraño, que siempre quería estar solo y se pasaba la vida en el cementerio. Yo creo que de ahí le vino su siniestra fama. Se llamaba... Se llamaba..., ¿cómo llamaba? —De pronto chascó dos dedos—. ¡Vaya, ya no puedo recordarlo! El caso fue que la hija de Verneil murió asesinada, y el tipo aquel desapareció. El viejo Verneil, que había quedado solo en el mundo, murió tres años más tarde.

—¿Murió?

—Ajá.

—¿Y dónde está enterrado?

Pierre rió secamente.

—Usted no lo diría nunca.

—En el cementerio, claro.

—Frío, frío.

—¿No lo he adivinado?

—¡Qué va!

Y Pierre volvió a reír, como si el asombro del otro le pareciera cada vez más divertido.

—¿Pues entonces, dónde?

—Repito que no lo diría nunca.

—¡En ese caso dígamelo usted, cuerno!

—Puede decirse que el viejo Verneil nos está mirando.

—¿Eeeeh?

—Lo tiene cerca.

—¡Bueno, pues hable de una vez, infiernos!

—¿Ha visto las estatuas del patio posterior?. ¿Ha visto la de un hombre, hecha en yeso?

El cuerpo de Stella tuvo un estremecimiento tan brutal que hasta hizo vibrar la pared en que estaba apoyada.

Pero nadie se fijó. Los dos hombres estaban tan abstraídos que no se dieron cuenta. Sobre todo el tramoyista había palidecido y tenía la boca muy abierta.

—¿Qué tiene que ver... esa estatua?

—Está dentro.

—¿Quééééé?

—¡Por favor, hablen de otra cosa! —gritó Stella, tapándose los oídos—. ¡Hablen de otra cosa!

Pero nadie le hizo caso. Como si no existiera. En realidad, ni llegaron a oírla.

—¿Cómo fue eso? —balbució el tramoyista—. No hay quien lo crea.

—Pues, amigo, créalo. Y además, fue sencillo. El viejo Verneil había encargado a un escultor que estaba de paso por aquí unas estatuas de yeso de sus animales preferidos y de su hija muerta. Y una buena noche, cuando estaba gravemente enfermo, el viejo desapareció. También el escultor, por supuesto. Durante unos ocho días, como éste es un lugar muy solitario, nadie se dio cuenta, hasta que unos cuantos vecinos vinimos aquí. Y no vimos a Verneil, pero sí la estatua.

El tramoyista apretó los puños tanto que sus nudillos crujieron. Los labios le temblaban espasmódicamente.

—Siga —murmuró con un gruñido que no parecía proceder de una garganta humana.

—Naturalmente, lo revisamos todo. Ropas, papeles y ratoneras. Todo. Y encontramos una carta firmada Verneil, en la que pedía por favor que nadie tocara su tumba. Y una serie de papeles en los que el escultor había dibujado bocetos, unos bocetos muy significativos y que nos helaron la sangre.

Porque todos los proyectos de escultura estaban hechos a base de contener un hombre dentro.

Extrajo otro toscano y se lo puso entre los labios. Nadie tuvo fuerzas ni para protestar.

Exhaló un suspiro.

—Claro, llamamos al juez —dijo.

—¿Y..., y qué?

—Es fácil de imaginar, hombre. Rompimos un poco de estatua de yeso. La parte correspondiente a la mano derecha, porque nadie quería arriesgarse a ver más. Y allí estaban los dedos del viejo Verneil, con su anillo, que todo el mundo le conocía. Transcurrida ya más de una semana, el cadáver estaba. Bueno, quiero decir que no olía bien. Hubiera sido terrible sacarlo de allí, romper la estatua.

Nadie se atrevió. Consultamos al párroco y al alcalde.

—¿Y, y qué dijeron?

—¿Qué iban a decir? Los pueblos no son como las ciudades, amigo. Había que respetar la voluntad del difunto, dijo el párroco. Y el alcalde decidió que sacarlo de allí sería un peligro para la salud pública. En todo caso tenían que transcurrir más de dos años. De modo que..., ¡hala! A callar.

Y nadie se acercó aquí hasta que llegaron ustedes. Y ustedes vinieron porque no sabían nada, claro.

—¿Qué cuerno habíamos de saber? Además, ahora ya han transcurrido más de dos años. ¿Por qué no lo sacan?

Pierre exhaló una bocanada de humo que por poco los tumba.

—¿Y quién va a sacarlo? ¿Para qué? ¿Se atrevería usted?

—¿Yo? Pues... ¿y por qué cuerno tendría que hacerlo yo?

—Pues eso es lo que piensa todo el mundo: que lo haga otro. Y al fin y al cabo lo mejor es dejar al viejo Verneil en paz. Si él tuvo esa voluntad, ¿por qué no respetarla? ¿Es que hemos de buscarnos trabajo sólo por hacerle la pascua a un muerto?

—No, desde luego que no —dijo el tramoyista—. Y le concedo una cosa: ustedes tienen más sentido común que nosotros, saben dar a todo su justo valor.

—Sí —dijo Pierre—, pero no crea que es fácil llegar a eso. Hace falta mirar muchas veces al cielo, ese cielo que ustedes en las ciudades no miran nunca. Ustedes sólo miran las carreteras.

Exhaló otra bocanada de humo.

—Muchas veces me acuerdo de Verneil —dijo—. Debí ser terrible para él perder a su única hija. Como para enloquecer... No me extraña que quisiera terminar así. Pero me acuerdo también del vampiro.

—¿Lo era realmente?

—¿Y yo qué sé? Lo he repetido muchas veces. La gente habla, habla... Sí, se decía que la hija de Verneil murió asesinada por él,

pero ¿quién lo demuestra? A mí, personalmente, no me parecía mal individuo. Muy silencioso, muy triste. Casi nunca hablaba, a causa de aquel defecto en su garganta.

—¿Qué defecto?

—Fue en la guerra. Una bala le lesionó las vértebras del cuello, y apenas podía moverlas.

También le lesionó la garganta, y de ahí venía su defecto. Pero no era un mal tipo, insisto en ello. O, al menos, yo lo creía así. Los veranos, cuando él tenía alquilada la casa, paseaba con su perro, hasta que su perro murió. Y también daba la mano a su hija, una pequeña de muy pocos años.

El tramoyista chascó los dedos.

—Ah... ¿Pero tenía una hija y todo?

—Sí... La trajo un par de veranos, aunque luego no volvimos a verla por aquí, porque él ya venía solo. Una niña muy hermosa y muy alegre... Sí —insistió— creí que lo sabían todos ustedes. El vampiro tenía una hija.

CAPÍTULO XIII

Los pasos resonaron en el pasillo quedamente. Eran pasos tranquilos, mesurados. Todos volvieron la cabeza hacia la puerta para ver aparecer al que se acercaba allí. Edmund Sorensen entrecerró los ojos, deteniéndose umbral, sin entrar.

—Stella —murmuró—, ¿qué hace aquí?

—Hola, Edmund.

—Le dije que estuviera en la habitación con Molly. Que no se moviera de allí.

El tramoyista levantó la mano derecha, como si prestara juramento.

—Jefe, yo la llevé.

—¿Y por qué te has movido de allí, Stella?

—No me sentía bien.

—¿Dónde está Molly?

La muchacha apretó los labios antes de decir:

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes? ¿No estabais juntos?

—Sí, pero se fue.

Sorensen hizo un gesto de contrariedad.

—Bueno, por ese lado la cuestión no tiene mucha importancia. Veo que estás tranquila y bien acompañada. Pero necesito encontrar a Molly cuanto antes.

Stella se estremeció.

—¿Para qué?

—No sé si recordarás que Mirna, antes de que la mataran, estaba terminando unas modificaciones en el guión de la película.

—Sí, claro que lo recuerdo.

—Pues bien, esas modificaciones cambiaban alguno de los diálogos de Molly. Necesito que se los estudie y que, a ser posible, ensaye un poco esta misma noche ¡Dios santo, yo me volveré loco!

Si no termino la película a tiempo, el productor nos dejará colgados. Se negará incluso a pagar la nómina. Stella tragó saliva espasmódicamente.

—No puede estar lejos...

—La buscaré. Oiga, Villard.

—Diga, señor.

El tramoyista se había puesto en pie.

—Ayúdeme, ¿quiere?

—Desde luego. Buscaremos por todas partes. No puede estar lejos de aquí.

Los dos hombres salieron, pero no lo hicieron solos. Stella fue con ellos de una manera maquinal, instintiva. Y Pierre, encogiéndose de hombros, los siguió también.

Recorrieron las diversas habitaciones. Aunque la lluvia arreciaba de nuevo, no se había vuelto a producir ningún corte de electricidad. En camas improvisadas con colchonetas neumáticas, la gente dormía cómo podía. Resultaba difícil pensar que al día siguiente iban a dar demasiado de sí, después de aquella nochecita.

—Y la gente aún cree que el cine es una ganga —refunfuñó Sorensen.

No se veía rastro de Molly por ninguna parte. Fueron incluso a los dos modestos cuartos de baño que había en la casa. El rostro del director se iba crispando por momentos, dibujándose en él una intensa línea de preocupación.

—Miremos más arriba —dijo Pierre.

—¿Usted conoce la casa?

—¿Y ustedes no?

—Nosotros la alquilamos después de ver una simple fotografía. Nos convenía por su aspecto externo. El que las habitaciones fueran diez o veinte nos importaba poco.

—Yo, en cambio, la conozco, bien. Nos reuníamos aquí con Verneil en épocas de caza.

Tomábamos unos vasos de Burdeos y ¡hala!, al campo. La parte superior de esta casa es un poco complicada, ¿saben? Pero yo les guiaré.

Ascendió, precediéndoles.

Stella iba la última.

Su corazón sonaba dentro del pecho como un tambor

enloquecido. Le temblaban las rodillas.

Tropezó dos veces, como cuando quiso huir del sótano después de descubrir el cadáver de Mirna.

Sorensen se volvió hacia ella.

—Pero ¿qué te pasa, Stella?

—Nada.

—Si no quieres acompañarnos, quédate en cualquier sitio.

—No quiero estar sola.

—Bueno, como te parezca...

Las habitaciones desfilaban ante sus ojos.

Vacías, sórdidas.

Las luces eran más amarillentas, más débiles, más espectrales cada vez, porque la tensión del fluido disminuía.

Mientras se iban acercando a la puerta que daba a las escaleras, el corazón de Stella parecía ir a dejar de latir.

Una neblina cruzaba por delante de sus ojos, los cubría. Se encontró ascendiendo por los peldaños de madera sin darse cuenta de lo que sucedía realmente.

Y llegaron a la habitación donde estaban todos aquellos cachivaches. Y sonó un grito de horror.

Fue Edmund Sorensen el primero que se abalanzó sobre el cuerpo de Molly. Dijo roncamente:

—¡Dios mío!

Entre Pierre y Villard la volvieron, haciendo un inútil esfuerzo para ayudarla. Pero ya era demasiado tarde porque llevaba largos minutos muerta.

Un largo estilete le había atravesado por detrás el corazón.

Igual que a Mirna.

CAPÍTULO XIV

El silencio que se produjo fue total, angustioso. Durante algunos instantes el aire, irrespirable, pareció poder cortarse.

Todos miraban como obsesionados a la muerta.

Villard farfulló:

—No lo entiendo.

—¿En qué sentido? —preguntó Sorensen.

—Stella estaba con ella. ¿Estaba o no?

Los ojos escrutadores, duros como piezas de metal, se volvieron hacia la muchacha. Ella tragó saliva penosamente. Su rostro, que carecía de expresión, se había vuelto de color ceniza.

Sorensen murmuró:

—Stella, contéstame con claridad: ¿Te dijo ella algo en el momento de salir? ¿La llamaron?

—No.

—¿Por qué se fue?

—No lo sé.

—De modo que no te dijo nada ni... hizo nada especial.

—No.

Las respuestas de la muchacha eran secas, cortantes. Pero su pensamiento parecía estar en otro sitio. Pierre la miraba fijamente.

Fue él quien dijo aquella cosa increíble:

—Esta chica no es lo que aparenta.

—¿Qué? ¿Cómo?

Los rostros, excitados, se habían vuelto hacia él.

—La gente sencilla nos fijamos en las cosas sencillas —dijo Pierre—. En lo que tenemos cerca, en lo que es elemental. A veces es un defecto pensar demasiado.

—¿Y qué?

Era Sorensen el que había hablado, mirando a Stella, que parecía no atreverse ni a respirar.

—Nadie imaginaba que detrás de esa puerta de abajo comenzasen unas escaleras, ¿verdad?

—En efecto, supongo que nadie.

—Sólo podía entrar directamente aquí alguien que conociera la casa. Por ejemplo yo.

—¿Adónde quiere ir a parar?

—A un sitio muy sencillo. Miren sus zapatos.

Todos se los miraron. Mostraban un polvo blanco, el mismo polvo blancuzco que descansaba sobre peldaños de madera, y que ellos habían removido.

—Hemos subido por aquí —susurró Sorensen—. Todos nos hemos manchado. ¿Y qué?

Pierre señaló a la chica.

—Ella estaba manchada antes.

—¿Cómo...?

La voz de Edmund Sorensen reflejaba incredulidad, pero Pierre retrucó:

—Me he fijado distraídamente en eso cuando estaba hablando con Villard. Entonces no le he dado importancia, pero ella ya llevaba los zapatos manchados con ese polvo blancuzco que no existe más que en ese lado de la casa, porque —y señaló el techo— ya ven ustedes que aquí el estuco se está desprendiendo. Por tanto, he de suponer que ella ya había estado aquí.

Tres pares de ojos, escrutadores, se habían clavado en Stella. Ella no parecía mirar a ninguna parte. Sorensen susurró:

—Por favor, Stella, di que eso es mentira.

—No puede negarlo —murmuró Pierre—, y que conste que no me gusta hablar de esto.

—Pues entonces danos una explicación, Stella.

Villard carraspeó.

—Diantre, ahora que ése lo ha dicho... Yo también me he fijado en los zapatos de la muchacha, cuando he entrado en la habitación donde nos vio usted, jefe.

Los llevaba manchados de barro, pero también de polvo blancuzco. El paisano tiene razón en lo que dice. Claro que eso no significa nada. Eso no significa que.

El final de la frase quedó flotando en el aire, pero no hizo falta continuar. Lo que podía significar aquello estaba bien claro.

Sorensen suplicó de nuevo:

—Seguro que esto tiene una explicación. Di lo que sea, Stella.

Pero ella se llevó la mano a la boca. Trató de contenerlo y no pudo. El gemido largo, casi un grito ululante, brotó de su garganta. Con los ojos desencajados, dio media vuelta y echó a correr.

Sorensen, que había tendido los brazos hacia su cuerpo, no pudo sujetarla.

Pierre mascullo:

—¡No la deje escapar! ¡Tiene que ser ella!

La muchacha descendía ya por los peldaños de madera. Sus ágiles piernas le hicieron obtener enseguida una rápida ventaja sobre sus seguidores, a pesar de los altos tacones. El único que podía haberla apresado, al poseer una superior agilidad, era Sorensen, pero éste estaba como petrificado y se movió con retraso.

Pierre fue a lanzarse. Tropezó.

—¡Maldita sea!

—Eso le pasa por mirar al cielo demasiado —mascullo Villard—. Mire antes dónde pone los pies.

Un largo pasillo se extendía ante ellos.

Veían a Stella.

La muchacha corría ágilmente, como una gacela asustada, y el ruido de sus tacones parecía resonar en toda la casa.

Pero no la alcanzaban.

Pierre mascullo:

—No se preocupen. Está lista.

—¿Por qué?

—Este pasillo no tiene salida.

Stella corría alocadamente. Casi no recordaba que aquél era el mismo pasillo por el que la persiguió el monstruo poco antes. Las luces temblorosas bailoteaban ante sus ojos. Las sombras parecían unirse unas a otras, en una sintonía macabra.

De pronto sus ojos se iluminaron.

La zona de oscuridad. El recodo.

Se introdujo en aquella especie de nicho y volvió a palpar la larga línea de madera.

El panel de pared cedió como la otra vez. Ella se dejó llevar por su peso. Volvió a captar otra vez el olor a cerrado, a viejo. La oscuridad más completa la envolvió.

Pierre barbotó:

—¡Cáspita! ¡Por San Crispín! ¡Esto sí que no lo entiendo!
Sorensen también estaba desconcertado.

—¿Qué pasa?

—¡Stella ha desaparecido! ¡Se ha esfumado en el aire! Como si estuviera formada de gas.

Recorrieron el pasillo a grandes zancadas. No, no había ninguna salida y ninguna puerta. Al final, sólo aquella sólida pared, una pared sólida y honrada, sin resquicios. Volvieron sobre sus pasos, más asombrados cada vez. Nada, ni una escapatoria. Sólo había aquella especie de recodo, pero en él no cabía apenas un cuerpo humano. Y también estaba vacío.

Sorensen balbució:

—No lo entiendo.

—Yo sí.

Todos miraron a Pierre, que era el que había hablado de aquella manera.

El hecho de conocer la casa y la comarca le confería en aquel momento una cierta autoridad. Y por eso su voz era segura cuando dijo:

—Eso confirma mis sospechas. Unas sospechas a las que no hubiese querido llegar.

—Pero ¿qué es lo que ha pensado?

Él contestó indirectamente:

—Ésta es una vieja casa —dijo—. ¿Sabe lo que se dice siempre de las viejas casas?

—¿Qué?

—Pues se dice que tienen puertas secretas.

Villard cerró un momento los ojos. Murmuró:

—*Mon Dieu!*

—Esa puerta secreta tiene que estar en el pasillo —dijo Pierre—. Yo no la conozco porque Verneil no me habló jamás de ella, claro, como no debía hablar con nadie. Pero ha de estar aquí.

—Entonces, busquémosla.

Pierre hizo un gesto de calma.

—Cuando vuelva el inspector Nevers. Ya no puede tardar.

—Pero...

—No hay prisa; ya sabemos lo más importante.

—¿Y qué es lo más importante?

—Sólo una persona que hubiera estado antes aquí podía conocer las puertas secretas de esta casa. Sólo una persona que la conociese, aunque fuera desde muchos años atrás. Sólo ella, precisamente. —Y añadió dejando caer las palabras una a una—. Sólo ella, la hija del vampiro.

CAPÍTULO XV

Stella salió al cobertizo que ya conocía. Oía el repiquetear de la lluvia sobre su cabeza. Por lo demás la rodeaba un silencio angustioso, un silencio que casi llegaba a ahogarla.

Las sienes le zumbaban.

Se llevó las manos a la cabeza y se la apretó con todas sus fuerzas.

Le sucedía lo que antes, lo mismo que cuando durante unos minutos (¿pocos?, ¿muchos?) perdió la noción de la realidad y oyó las lejanas palabras de Molly: «¡Me asustas! ¡Me asustas!». Ahora era lo mismo, pero logró dominarse. Estuvo así quieta, en silencio, mucho rato, oyendo el repiqueteo de la lluvia. Entonces la tensión de sus nervios se calmó.

No tenía el menor deseo de salir de allí.

Se sentó en el borde de un viejo baúl y siguió apretándose la cabeza. No quería pensar, no quería sentir.

Oyó un leve carraspeo a su espalda.

Se volvió.

Los ojos duros, penetrantes, aquellos ojos que conocía ya muy bien.

Las facciones rígidas, estiradas, que también conocía perfectamente.

Durante unos segundos interminables quedó como hipnotizada, sin poder hablar.

Luego sus labios susurraron:

—Bolden.

Bolden había estado allí, en la oscuridad, mientras ella pensaba. La miraba quietamente. Al fin, con las manos en los bolsillos, murmuró:

—Parece asustada.

—Lo estoy.

—¿Algún contratiempo?

—Pues..., pues no.

—Cuando ha venido hasta aquí, me ha dado la impresión de que huía de alguien.

—No. Simplemente es que no me encuentro bien. Estoy cansada. Ha sido una noche terrible ¿sabe?

Paseó sus ojos por el cuerpo del hombre y susurró.

—¿Dónde estaba usted, señor Bolden?

—Pues, por ahí.

—Aparece y desaparece ¿no?

—Más o menos como todo el mundo. La casa es grande.

—¿Y dónde está su gabardina?

—¿La gabardina? Ah, es cierto. La he dejado por ahí. No recuerdo dónde.

—Pues en una noche como ésta hace falta. No ha dejado de llover.

—No —dijo él—. Hace una noche de brujas y vampiros, ésa es la verdad. Como para rodar la película en que se han metido éstos —y señaló hacia abajo, como queriendo abarcar toda la casa—. Pero son tontos. No explotan todas las posibilidades que esta casa ofrece.

—¿No?

—Rotundamente, no. Se limitan a seguir un guión más o menos bueno, que podría mejorarse. Hay cosas estupendas aquí... Cosas estupendas para una película de horror, quiero decir. Por ejemplo...

¿Usted se ha fijado en esas estatuas?

—Sí.

—Son siniestras, ¿eh?

Stella las miró. En efecto, nunca le habían parecido tan tétricas como ahora. Su color blanco destacaba en la noche, que era cada vez menos turbia quizá porque lejos, muy lejos, más allá de las colinas, se insinuaba una levísima claridad que llegaría a convertirse en un amanecer.

La del hombre destacaba sobre las otras. Daba una sensación de solidez, de robustez y de amenaza que a Stella la dejó consternada. Pero procuró que su voz sonara serena al decir:

—Sí, son siniestras.

—Deberían filmarlas. Tienen grandes posibilidades para una

película de esa clase.

Stella se estremeció.

—Me extraña una cosa. Tienen ya algunos años, y están al aire libre, en una zona donde llueve mucho y donde los cambios de temperatura son bastante intensos. Me extraña que no se hayan cuarteado ya, siendo de simple yeso.

Bolden, siempre con las manos en los bolsillos, susurró:

—Hay trabajos bien hechos, de estuco, que resisten muy bien el paso del tiempo.

—Sí, eso debe ser.

Stella le miraba fijamente.

Muy fijamente.

Tenía sus ojos clavados cercanos, duros y fríos.

—Señor Bolden...

—¿Qué?

—No sé si debe tenerlo. Me apetecería un cigarrillo.

—¿Ahora?

—Estoy nerviosa.

—Yo no fumo.

Stella suspiró.

—Entonces perdone.

—Pero quizá tenga alguno. Sí, suelo llevar un paquete a veces. De tarde en tarde enciendo un cigarrillo. Sí, aquí están.

Se había buscado en los bolsillos. Acercó a Stella la mano.

Ella seguía mirándole fijamente.

—Señor Bolden.

—¿Qué pasa? ¿No quiere el cigarrillo?

—¿Por qué le protege Sorensen?

—Sorensen. Bueno, él no es mala persona.

—Entonces, le conoce.

—Deje eso ¿quiere?

—¿Por qué le protege?

—¡Le he dicho que deje eso!

—Está bien, no se preocupe. Pero antes de tomar el cigarrillo le haré dos preguntas más, señor Bolden.

Él seguía con las facciones inalterables, rígidas, que eran como una mancha en la oscuridad.

—Muy bien, hágalas.

—Ahí va la primera: desde que le he conocido, esta misma noche, siempre ha llevado las manos enguantadas. ¿No se quita los guantes nunca?

—¿Y por qué? Hace frío.

—¿Y los cigarrillos? ¿Los da siempre con la mano izquierda?

—Claro. Soy...

Y de pronto se interrumpió. En sus ojos brilló una chispita diferente, extraña.

Stella terminó la frase por él:

—¿Es zurdo, señor Bolden?

Él no contestó. Su mirada se había concentrado sobre Stella. Parecía tratar de atravesarla. Y la muchacha conocía bien aquella mirada. ¡Claro que la conocía!

—Es usted lista —dijo él—. Quizá demasiado.

Y de pronto los nervios de la muchacha parecieron romperse, estallar. No pudo resistirlo más.

Sus dos manos se movieron al mismo tiempo. Abofetearon el rostro del hombre.

Éste lanzó un gruñido gutural que inmediatamente se transformó en una especie de rugido.

Las manos de la muchacha estaban haciendo saltar algo en su cara. Estaban haciendo saltar algo que no era la piel, sino una sustancia casi traslúcida, suave, resbaladiza, que se quebraba en pequeños fragmentos.

¡Estaban haciendo saltar la máscara de cera que cubría su verdadero rostro!

Debajo de él apareció el otro, el que Stella había visto antes.

Apareció aquella cara sinuosa, retorcida, quemada, horrible.

La cara, la verdadera cara del monstruo.

Las manos de Stella fueron perdiendo fuerza. Quedaron como muertas en el aire. Sus ojos se petrificaron, perdieron vida al ver aquel horrible rostro.

Un gemido ronco escapó de la garganta de Stella. No tenía fuerzas para huir. Si antes logró que sus piernas la obedecieran, ahora eso era imposible. Sentía como si estuviera muerta. En aquel rostro sin forma se dibujó una especie de sonrisita maligna.

Unos labios que no existían se curvaron levemente. Las manos fueron al encuentro de la garganta de Stella.

Ésta se estuvo quieta.

Sabía que iba a morir, y sabía también que con aquella inmovilidad ella misma se condenaba.

Pero no podía hacer más. ¡No podía mover un solo músculo, ni gritar tan siquiera!

Las manos se cerraron en torno a su cuello.

La sonrisita maligna del monstruo se había transformado ya en una carcajada diabólica.

La muerte era una sensación extraña, casi dulce.

Stella estaba tan aterrorizada, deseaba con tanta fuerza no ver más aquel rostro satánico, que hasta llegó a desear la muerte, que le libraría de él. Todo su cuerpo, además, seguía como petrificado. No notaba que le iba faltando el aire en los pulmones, no se daba cuenta de que aquello era el fin.

Intentó luchar en el último momento. Sus manos arañaron el aire.

¡Pero ya era tarde! Ya su corazón palpitaba locamente, a punto de fallar.

Los ojos se le habían nublado y en sus músculos no había un átomo de fuerza.

El monstruo siguió apretando.

Stella era ya una víctima fácil, sumisa.

Yacía a sus pies. Su cuello, alto y esbelto, no se resistía a las manos del monstruo.

Ya podía considerarla muerta.

Ya el cuello de la muchacha había sido reducido al tamaño de una moneda de níquel.

Y en aquel momento algo cayó sobre él. Fue un golpe terrible en la nuca, que le hizo tambalearse.

Sorensen había aparecido a su espalda. Levantó la derecha otra vez para golpear con el canto de la mano.

Un segundo impacto. Un segundo crujido.

Bolden se levantó, soltando a la muchacha.

Sus ojos reflejaban sorpresa y al mismo tiempo un odio satánico.

Vio confusamente a Sorensen. Trató de elevar las manos hasta su cuello.

El terrible gancho le hizo vacilar. Dio un paso hacia atrás. Su cuerpo estaba al borde de la baranda, en la parte del cobertizo que

daba al patio de las estatuas.

Un nuevo gancho le hizo volar por los aires. Sorensen lanzó un gruñido de dolor.

No era dolor por él, sino por el otro, por el que caía. Se oyó un choque y un grito. El cuerpo de Bolden se estrelló contra las losas del patio.

No había caído desde una altura excesiva, pero resultó suficiente teniendo en cuenta que se desplomó directamente sobre las piedras. Su cuerpo produjo un ruido siniestro. Desde arriba vieron los dos que su cabeza despedía varios violentos hilos de sangre.

Stella lo había visto también, porque la muchacha, con las manos en el cuello, pálida como la misma muerte, estaba doblada sobre la baranda. Sus músculos la habían incorporado con un movimiento reflejo, del que no llegó a darse cuenta. Su corazón tamborileaba regularmente, con la fuerza de la juventud, negándose a morir. Pero la muchacha tenía ante los ojos como un velo de niebla y no se daba apenas cuenta de nada. Sólo de que el monstruo había caído, de que su cabeza despedía sangre.

Sorensen también vacilaba. Se había apoyado en una de las paredes, mientras un sudor lívido empezaba a cubrir sus facciones.

—Lo siento —jadeó.

—¿Lo siente? —preguntó una voz—. ¿Siente haberlo matado? ¿Es que no lo hizo voluntariamente?

Sorensen miró hacia allí.

El inspector Nevers emergía de entre las sombras. Sus facciones parecían muy blancas. Sus ojos le miraban fijamente.

—¿Cuándo ha llegado inspector?

—Hace apenas unos instantes. Con el tiempo justo para ver lo que ocurría, pero sin tener ocasión de intervenir.

Sorensen murmuró:

—¿Ha visto quién era?

—Lo veo desde aquí. Está abrasado. Es una especie de monstruo.

Sorensen dijo con voz helada:

—Se llamaba Bolden.

Nevers no contestó. Se inclinó sobre la muchacha, que había vuelto a caer. Sus manos le palparon suavemente el cuello, deteniéndose especialmente en las vértebras.

—Por sólo unos segundos no ha conseguido matarla... Stella...,

¿se siente mejor?

Ella no contestó. Sólo sus ojos, sus párpados temblorosos, denotaban ahora un principio de vida.

Dos hombres más habían aparecido en el cobertizo superior. Uno de ellos era ya casi un anciano y llevaba un maletín en su mano derecha. Resollaba a causa de haber tenido que subir las escaleras tan aprisa.

—Doctor.

El anciano hizo un gesto con la cabeza. Sin duda era el forense.

—¿Qué le ocurre a esta mujer?

—Atiéndala. No creo que le suceda ya nada, pero ha estado a punto de morir. Suerte que los jóvenes lo resisten todo.

Mientras el médico se inclinaba sobre Stella, preparando una aguja hipodérmica, Nevers se dirigió a Sorensen.

—Hábleme de ese tipo —susurró—. Y le advierto que no trate de negar que lo ha matado usted porque lo he visto. También he visto, desde luego, que con ella salvaba la vida a esa muchacha.

—Se llamaba Bolden —murmuró Sorensen.

—Eso ya lo ha dicho antes.

—Hace cosa de un par de años fue un productor, es decir, el que financia una película. Pero tenía vanidad artística y quería también ser actor. Me exigió, por tanto, participar en algunas escenas del film.

—Siga.

—Una de ellas ocurría en una casa de paja y troncos. Era una película del oeste; no lo olvidaré nunca. De pronto sucedió algo terrible. La casa, a consecuencia de un cortocircuito en unos cables mal colocados, se incendió.

Nevers apretó los labios, pero no hizo comentario alguno.

Sorensen prosiguió con voz débil:

—Hicimos lo imposible por salvar a Bolden de las llamas, y lo conseguimos. Yo mismo sufrí quemaduras y tuve que estar dos meses en el hospital, pero cuando salí no tenía ninguna huella.

Bolden fue más desafortunado. Le dieron de alta convertido en un verdadero monstruo.

—¿Por qué no hablaron de eso los periódicos?

—Hablaron, claro que sí. Pero sólo del accidente, como si fuera uno de tantos. Las consecuencias se vieron meses más tarde, cuando

a Bolden le fueron levantados los vendajes.

Entonces nos enfrentamos al horror... Pero, naturalmente, fue entonces cuando la noticia se mantuvo en secreto. Nadie quiso aumentar el dolor de Bolden haciendo que se supiera que era algo así como un espectro.

—Eso es muy natural. Siga.

—Desgraciadamente no estaba destrozada solo su cara, sino también su alma. Era ya un loco que ardía en deseos de venganza y para quien sólo la idea de la muerte existía. El electricista que había cometido el descuido con aquellos cables fue asesinado en París hace unos meses. Se llamaba Mercier. No sé si usted recordará ese caso.

—Lo oí mencionar.

—Desde entonces, Bolden nos seguía a todas partes, procurando matarme a mí o a alguno de los artistas que contrataba. Su odio iba dirigido principalmente contra los más jóvenes, los de facciones más perfectas. Intenté calmarle, pero no lo conseguí.

—¿Qué hizo para intentar calmarle?

—Dos cosas: una de ellas darle dinero, porque aunque Bolden tenía mucho, era insaciable en este sentido. Ésa es la causa de que mis finanzas hayan ido bastante mal últimamente. La otra cosa que hice para calmarle fue proporcionarle las mascarillas de cera, que un hábil maquillador fabricaba especialmente. Estaban perfectamente hechas y eran flexibles y del color natural de la piel.

De día se hubiera notado, pero en un lugar oscuro, como éste... No, aquí no podía advertirlo nadie.

Con esas mascarillas yo sólo quería demostrarle que no todo estaba perdido, que aún en ciertos aspectos, podía ser un hombre normal. Pero no lo conseguí. Nos seguía a todas partes, cuando trabajábamos de noche, aunque, como no había cometido ningún crimen más, creí que la razón iría volviendo poco a poco a él. Decidí no hacerle caso, y nunca hablaba de él a mi gente. Como si no hubiera existido jamás... Pero ya veo que fui un optimista. Ya veo que me equivoqué.

Suspiró con desaliento. Parecían, haberle abandonado las fuerzas y tenía los brazos caídos, inertes, a lo largo del cuerpo.

Nevers musitó:

—Naturalmente, nadie le va a acusar por lo que ha sucedido.

—Hagan lo que quieran. Yo ya no..., ya no quiero pensar en nada.

—Eso ha aclarado otras cosas —dijo Nevers.

—¿El qué?

—¿Y lo pregunta? Ha aclarado los crímenes. Ahora ya sabemos quién los cometió.

Sorensen no hizo el menor comentario. Sólo apretó los labios.

En aquel momento Stella, a quien empezaba a hacerle efecto la inyección que le acababa de ser administrada, se ponía en pie, ayudada por el médico.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó Nevers.

—Me... mejor.

—Debe alegrarse. No sólo se ha salvado de la muerte, sino que todo se ha aclarado.

—¿Se ha aclarado el qué?

—¿No lo ha oído? Los crímenes. Si en algún momento pudo haber sospechas sobre otras personas, entre ellas usted, ya han quedado completamente desvanecidas.

De los labios de la muchacha apenas escapó un susurro. Fue como una frase ininteligible a la que, por otra parte, nadie prestó atención.

Descendieron a la planta baja.

Stella era ayudada por Nevers, ya que veía muy confusamente los peldaños y sus pies resbalaban.

—Efectuaremos las diligencias de rigor —dijo el inspector cuando llegaron abajo—. Usted podrá continuar con el rodaje de la película, señor Sorensen. Ya comprendo que ha sufrido un retraso, pero eso lo compensará con la publicidad. Cuando se sepa lo que ha ocurrido, la gente se pegará por ir al estreno.

—De todos modos es terrible... Hubiera preferido que esto no hubiese sucedido nunca. Hasta he pensado... dejar de rodar. Enviarlo todo al cuerno.

—Ésa es cuestión suya, pero hay que rehacerse. Si cada vez que matan a alguien, otras personas dejaran de trabajar, el mundo ya se habría terminado hace tiempo.

Habían llegado al patio, donde estaba el cadáver de Bolden. Un gendarme uniformado apartó a Stella, para que no lo viese. Otro mantenía a raya a los artistas y a los técnicos. Era ahora cuando se

notaba lo bien acompañado que Nevers había venido esta vez.

El forense se acercó.

—Procuraré que todo esté listo enseguida —dijo—. El asunto me fastidia tanto como a usted.

Sorensen se acercó a la muchacha. Puso las manos suavemente sobre los hombros de ésta.

—No mires a Bolden —suplicó—. Todo esto ha sido terrible, ya lo sé, pero no hay por qué obsesionarse. No, no lo mires.

Pero Stella no le hizo caso. Continuaba con los ojos clavados en el mismo sitio.

Y al seguir la dirección de aquella mirada, el director tuvo una sorpresa.

Porque los ojos de la muchacha no estaban clavados en el cadáver, como hubiera parecido lógico.

No. Estaban clavados en otro sitio.

En las estatuas que reflejaban tétricamente la luz, más allá de las losas de piedra.

CAPÍTULO XVI

—¿Por qué? —susurró él—. ¿Por qué las miras?

Stella tragó saliva penosamente.

—Por nada —musitó—. No debes hacerme caso.

—Despreocúpate de todo esto. Pronto amanecerá. Y el misterio que nos obsesionaba, el enigma de esas muertes, ya ha sido resuelto. El asesino era Bolden.

Stella se volvió hacia él.

—¿Tú crees?

La luz de la luna, que acababa de salir, se reflejaba en los ojos de Stella.

Y Sorensen hubiera jurado que en el fondo de aquellos ojos brillaba una chispita tétrica.

Los cadáveres ya habían sido retirados de la casa. Como el forense prometió, todo se había hecho con la máxima rapidez.

Por unos momentos, las luces de los *flashes* lo habían iluminado todo; al ser retratados los muertos, pero ahora la vieja casa volvía a estar en calma. Sólo se oía el leve trepidar del motor de la vieja ambulancia al alejarse con su fatídica carga. Los gendarmes también habían desaparecido. Y Nevers.

En los oídos de Stella aún resonaban las palabras que el inspector le dijo antes de marchar:

—¿Por qué no viene conmigo? La dejaré en un hotel de Foix. Quizá la ciudad le parezca algo aburrida, pero pasará la noche mucho mejor que aquí.

—No, no quiero irme.

—Parece obsesionada.

—No, no lo estoy. No me haga caso, terminaré la noche aquí y luego seguiré viaje. Total, para lo que falta.

—Uno de mis hombres ha venido en su coche. Lo tiene aquí, a

su disposición.

En efecto, la pequeña mancha blanca del Morris destacaba entre las sombras que aún no se habían disipado y que, al contrario, parecían más espesas que nunca. Ahora la muchacha lo estaba mirando.

Sí, las sombras eran más espesas que nunca, como suelen serlo cuando se prepara la amanecida.

Stella tenía los ojos entrecerrados.

Aquellos ojos también miraban en una sola dirección, la misma que había notado Sorensen y de la que Nevers seguramente no llegó a darse cuenta.

Los ojos de Stella miraban las estatuas.

Parecían no ver nada más, no notar nada, como si sólo aquellas estatuas existieran en el mundo.

Se encontraba sola en la parte posterior de la casa donde antaño hubo un garaje o una caballeriza.

Las losas de piedra, sobre las que había caído Bolden, estaban ante ella. Y más allá las estatuas. El silencio era casi sólido, era irreal. Parecía poder palparse.

Hasta que de pronto una silueta se acercó silenciosamente a Stella: una silueta ancha y negra.

Los ojos de Pierre la miraban fijamente, hipnóticamente.

La muchacha oyó como un leve crujido a su espalda. Se sobresaltó.

Volvió la cabeza bruscamente y entonces vio los ojos de Pierre.

Eran unos ojos pequeños, duros, que parecían atravesarla.

—¿Por qué no se ha ido? —preguntó él.

—He preferido quedarme aquí el resto de la noche.

—Algo la obsesiona, ¿no?

—Tal vez.

Pierre se situó junto a ella. Tenía los brazos caídos a lo largo del cuerpo, pero sus ojos seguían brillando de una forma extraña.

Las sombras les envolvían.

—Yo sé en lo que piensas —dijo Pierre.

—¿En qué?

—En esas estatuas. En la grande, concretamente. No puede hacerse a la idea de que bajo ella haya un muerto.

—Sí... Puede que sea eso.

—Pero usted se ha quedado también por algo más.

Stella le miró sorprendida.

—¿Por qué?

—¿Cree que soy idiota? —musitó Pierre.

—No le entiendo.

—Dicen que los crímenes han quedado aclarados. Que usted está libre de toda sospecha. Bien...

La policía incluso se ha ido. Bien... —repitió—. Pero yo creo, por el contrario, que aún hay muchas cosas por aclarar. Cosas importantes, desde luego. Usted ha andado como ha querido por esta casa.

Conoce sus puertas secretas. ¿Por qué? ¿De qué la conoce, Stella? ¿Cuándo estuvo usted en ella?

Stella cerró un momento los ojos.

Su voz apenas resultó audible cuando confesó:

—Había estado aquí..., había estado aquí... de niña.

—Lo imaginaba. Estuvo con su padre.

—Con el vampiro.

—Mi padre no fue jamás un vampiro —protestó Stella. Pero su voz era quieta, ahogada, muerta.

—No voy ahora a discutir eso. Siga.

—No lo recordaba al venir aquí. Se lo juro que no lo recordaba.

Claro que hay momentos en que una no sabe por qué hace las cosas, y sin embargo sus actos tienen una razón profunda. Esta casa me atraía, eso es todo. Hasta ahora no he comprendido por qué.

Pierre apretó los labios mientras se limitaba a decir.

—Siga.

—Empecé a pensar que algo había en mis recuerdos cuando encontré el escudo de esta casa dibujado en una de las libretas de mi niñez. He tardado mucho en recordar que estuve aquí, que ese escudo lo había dibujado yo misma, olvidándolo con los años. Y he pensado que tuvo que ser así cuando, en un momento de desesperación, mi instinto me ha guiado. Cuando mis dedos han encontrado por sí solos los resortes de la puerta secreta con la que yo me divertía hace muchos años, siendo niña.

Después de estas palabras, Stella guardó silencio.

Ya estaba dicho todo, en realidad. Nada tenía que añadir, porque la verdad era para ella sencilla y clara. Pero una duda

quedaba en Pierre, y esa duda era terrible y febril. Lo notó al mirar sus ojos.

—Ese pobre monstruo la atacó con las manos —dijo Pierre—. No llevaba cuchillo, no llevaba ningún arma. Sin embargo, las dos mujeres han sido asesinadas con un estilete delgado y largo. Eso indica que el asesino no era él. Que hay otro.

Stella guardó un dramático silencio.

Todos sus nervios estaban tensos; apenas respiraba.

—¿Tal vez yo? —susurró, al cabo de unos instantes.

—No, no fue usted. Confieso que lo sospeché, sin embargo.

—Pude haberlo hecho y no recordarlo —reconoció Stella—. Desde hace años sufro alucinaciones y pierdo el sentido a intervalos. Sin embargo, en esas condiciones, soy capaz de andar y de realizar algunas cosas elementales que luego no recuerdo. Me estoy tratando para eso, y las crisis cada vez son menos, pero sufrí una antes de que muriera Molly. Yo misma pude...

Pierre se encogió de hombros.

—No —dijo—. Usted no.

—¿Entonces quién?

—La cosa está muy clara: su padre. Su padre, que al cabo de los años ha vuelto.

La miró maliciosamente, con cazurrería campesina.

—¿O quizá sería capaz de decirme dónde está ahora? ¿Qué fue de él?

—No lo sé —dijo Stella sencillamente—. Siempre he reconocido que no lo sé. Papá desapareció hace años. Se me tuvo que nombrar un tutor. Yo pasaré administrar su fortuna cuando cumpla veintiún años, es decir, enseguida, pero no podré vender bienes hasta que se demuestre legalmente su muerte.

—Se demostrará —dijo Pierre lentamente—. Claro que se demostrará.

—¿Por qué?

—Porque su padre —dijo, dejando caer las palabras una a una—, morirá en la guillotina.

CAPÍTULO XVII

Y se alejó. Se alejó poco a poco, arrastrando los zapatos, mientras Stella sentía que las sombras la rodeaban más que nunca.

La ahogaban.

Las sombras la asaltaban por todas partes, parecían susurrarle al oído su terrible secreto: «Morirá en la guillotina... Morirá en la guillotina...».

Las palabras parecían resonar en su cráneo lentamente. Pinchaban como alfileres al rojo vivo.

Tuvo que cerrar los ojos porque sus mismos párpados le pesaban hasta tal punto que le era imposible sostenerlos.

Cuando abrió los ojos de nuevo, vio que la luz de la luna se había hecho un poco más clara e intensa.

Caía de lleno sobre las estatuas, sobre la del hombre desconocido y sobre la de la muchacha que fue asesinada. ¿Asesinada por quién?

Las dudas flotaban en el alma de Stella, le corroían por dentro.

Sintió otra vez como si una fuerza ajena la empujara.

Como si la guiara su instinto, como si sus pensamientos, su mente, no intervinieran en aquello.

Le temblaban los codos, le dolía horribilmente el cuello, como si de nuevo la estuvieran estrangulando. Pero seguía avanzando.

En la espantosa soledad que la rodeaba, oyó sus pasos resonando quedamente en las losas de piedra.

Se detuvo ante la estatua del hombre.

Vio que el yeso era distinto en una parte de la mano derecha, correspondiente a los dedos, señal evidente de que tiempo atrás habían roto la estatua por allí, cubriéndola luego, aunque con menos arte. El resto, en cambio, estaba todavía perfecto, intacto. La muchacha se inclinó poco a poco.

Las fuerzas le fallaban, pero una terrible obstinación se dibujaba

en su rostro.

Recogió una piedra del suelo.

Con ella golpeó varias veces la estatua, en la parte correspondiente al cuello.

Los sonidos resultaron estridentes en el silencio de la noche, pero a nadie parecieron llamar la atención, porque todo el mundo se había concentrado en la parte delantera de la casa, preparando el trabajo para cuando amaneciese. Además, a nadie le gustaba estar allí, donde poco antes habían visto un muerto.

El estuco saltó.

Debajo no había más que un hueco.

El agujero se fue haciendo más grande y la luz de la luna penetró en él.

La muchacha sentía que el aire le quemaba en los pulmones, sentía que sus fuerzas volvían a fallar.

Porque iba a descubrir el secreto, el secreto maldito, el secreto que marcaría su vida para siempre.

Había un esqueleto dentro. Sí. La estatua cubría un cadáver.

Pero lo que a ella le interesaba era ver solo el cuello de ese esqueleto, y por eso había roto por allí. Sólo el cuello. Y lo que vio le hizo llevarse la mano a la boca, mientras ahogaba un grito de horror. Porque una de las vértebras de ese cuello estaba casi rota.

No era el dueño de aquella casa.

El que yacía allí desde casi tres años antes era..., ¡era el propio padre de Stella!

¡Eso explicaba su desaparición!

¡Y eso explicaba que hubiera otro asesino! ¡Alguien que conocía perfectamente la casa y se movía muy bien por ella! ¡El dueño de todo aquello! ¡El que, mediante la estratagema de la estatua, quiso desaparecer!

Los pensamientos se agolpaban brutalmente en la cabeza de Stella.

Ahora comprendía muchas cosas. Ahora se daba cuenta del frío horror que durante todo aquel tiempo la estuvo rodeando.

Sintió una especie de terrible vértigo.

Todo daba vueltas en torno suyo. No oía nada.

Y por eso no vio ni oyó tampoco la ancha y siniestra figura que avanzaba poco a poco hacia su espalda.

Era una figura maciza y que empuñaba un largo y delgado estilete en su mano derecha.

Avanzaba con el sigilo de un gigantesco gato.

Echó hacia atrás el brazo, poco a poco, para asestar sobre el corazón de Stella el golpe mortal.

Ella seguía sin verle, sin oírle.

No sospechaba que la muerte estaba a su espalda, que la envolvía ya con su hálito viscoso.

Rechinaron los dientes del asesino.

¡Y el estilete se movió! ¡Fue directamente hacia el corazón de Stella!

La muchacha lanzó un gemido, tratando de volverse, pero era ya demasiado tarde.

La hoja de acero estaba ya junto a ella.

Iba a penetrar en su carne.

Y de pronto sonó un disparo, aquel disparo seco que rompió la quietud de la noche.

Una cabeza pareció estallar. Stella se volvió del todo llevándose las manos a la boca al ver caer a sus pies, con la nuca atravesada, a aquel tipo a quien no había visto nunca, un tipo vestido con ropas buenas, pero campesinas, igual que Pierre, y en cuyos ojos había quedado cristalizada como una última expresión —una expresión patética— de furor y de odio.

Nevers asomó entonces, surgiendo de las sombras. Su pistola aún humeaba.

—No me había ido de aquí temiendo que esto iba a ocurrir —murmuró—. Al llegar con mi coche al primer recodo, volví sin que nadie me viese. A mí también me había llamado la atención el que Bolden la hubiera atacado con las manos, Stella, mientras que los otros crímenes habían sido cometidos con un estilete... Pero no había imaginado lo de las estatuas. No se me había ocurrido que la razón de que el asesino conociera muy bien la casa era sencilla: el que se encontraba debajo del yeso no era precisamente el dueño de la casa, sino su primera víctima... De ese modo él «desaparecía» y además ocultaba el cadáver. Contaba con la reacción temerosa de sus vecinos y daba por supuesto que sólo mirarían su mano, en la que él llevaba un anillo muy característico, que precisamente puso al cadáver. —Guardó la pistola—. ¿No me pregunta por qué hizo

todo eso? Pues por una razón muy sencilla, pero al mismo tiempo lastimosa: creía, Stella, que su hija había sido asesinada por el padre de usted. Y, enloquecido, dominado por el deseo de venganza, esperó en esta casa a que usted apareciese algún día. Pero nadie se acercaba por aquí, claro, hasta que el administrador la alquiló para rodar una película. Verneil sentía el odio más implacable, más inextinguible. No se le ocurrió pensar que el asesino pudiera ser otro, y que seguramente ya habría caído en manos de la justicia, aunque no precisamente por ese crimen. Su propio odio le ha matado.

Y ahora, Stella, cuando definitivamente está libre de culpa, ¿qué va a hacer?

La muchacha no contestó.

Sus facciones se habían vuelto rígidas, heladas.

Sus pies la condujeron sin que ella se diera apenas cuenta. Se alejó del cadáver y del propio Nevers, que se había inclinado sobre el caído. Entró en la casa.

Las habitaciones vacías, el silencio, las sombras.

Otra vez el sonido de sus propios pasos.

Otra vez la sensación espantosa de su propia soledad, aquella soledad cargada de amenazas y de presagios. Entró maquinalmente en aquella habitación iluminada por una luz amarilla.

Y allí vio a aquel hombre que la miraba fijamente.

Allí vio a Bolden otra vez.

EPÍLOGO

Stella se mantuvo quieta en el umbral. No se movió. Sus facciones seguían rígidas como las de una muerta.

El hombre se acercó poco a poco a ella. Las facciones también permanecían rígidas, inalterables.

—¿Un cigarrillo? —preguntó la metálica voz.

Stella se sorprendió a sí misma contestando.

—Sí. Gracias.

La mano enguantada le tendió un paquete. Stella simuló que iba a tomarlo.

Y de pronto su derecha se disparó. Golpeó brutalmente la cara, haciendo que saltase la mascarilla de cera. El rostro de Edmund Sorensen apareció debajo. Sus facciones denotaban estupor.

—¿Cómo lo has sospechado? —musitó.

—Porque Bolden era zurdo. Él también me ofreció cigarrillos, y lo hizo con la mano izquierda.

Tú lo has hecho con la derecha.

Sorensen se desprendió de los restos de cera y se quitó los guantes, mientras la contemplaba con admiración.

—Quizá ha sido una prueba demasiado dura —susurró—, pero quería convencerme de que ya volvías a ser dueña de tus nervios, de que habías dominado el miedo y la indecisión. Ahora veo que eres una chica admirable, Stella. Toda una mujer. No verás más el rostro de Bolden, porque de las mascarillas que le entregué, ésta era la última que quedaba.

Miró a través de la ventana, por la que se filtraba una claridad lechosa.

—Está amaneciendo —susurró—. Y ahora, ¿qué vas a hacer? Tu coche te espera.

Stella se acercó a la ventana.

Por primera vez sus mejillas volvían a tener color, sus ojos

miraban como los de una persona que ama la vida otra vez.

En efecto, amanecía un nuevo día.

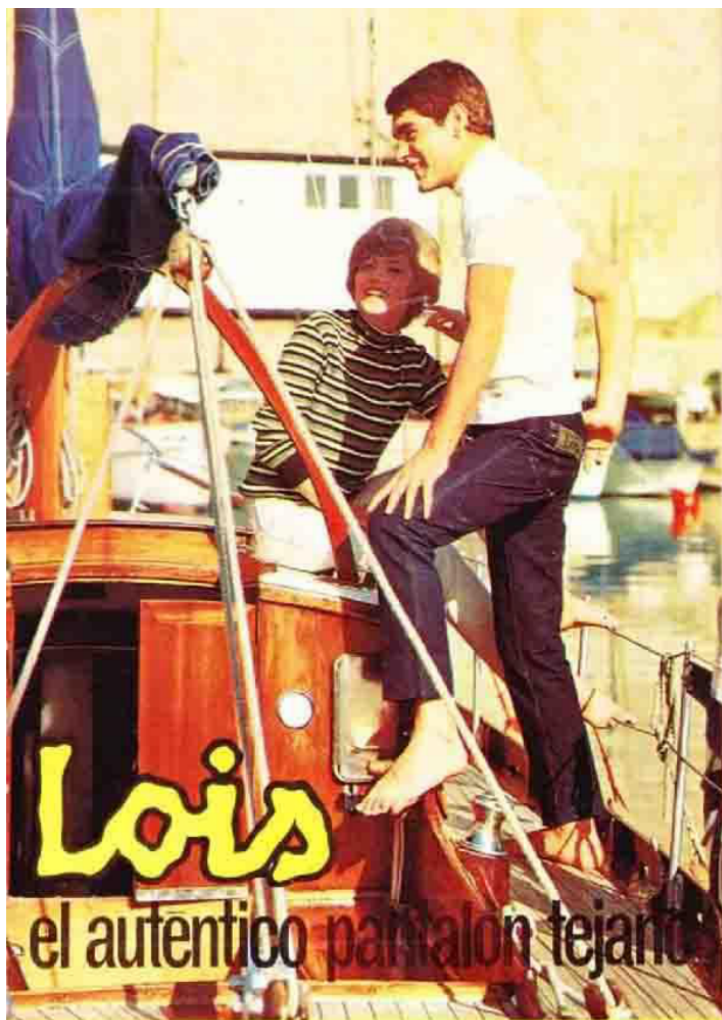
—Tu coche te espera —insistió Sorensen, disimulando una nota de ansiedad en la voz—. ¿Qué va a hacer?

—Que siga esperando —murmuró ella—. Yo me quedo. Me quedo aquí contigo...

Él no dijo una palabra. Le pasó simplemente un brazo por los hombros y la atrajo hacia sí.

Sobre sus rostros muy juntos se derramó el primer rayo de sol del nuevo día.

FIN



Lois

el autentico pañalon tejano



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

MORA LA NUEVA, 2 BARCELONA (ESPAÑA)

Impreso en España - Printed in Spain

PRECIO EN ESPAÑA: 9 ptas.

